

Capitalismo y cibercontrol

Configuración de intersubjetividades,
imaginarios y repercusiones psicosociales





Capitalismo y cibercontrol

Configuración de (inter)subjetividades,
imaginarios y repercusiones psicosociales

Capitalismo y cibercontrol
Configuración de (inter)subjetividades, imaginarios
y repercusiones psicosociales

Colección Ciencia para la Comuna

Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología (Mincyt)

Descargue gratuitamente nuestras publicaciones en www.mincyt.gob.ve/libros

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Gabriela Jiménez-Ramírez

Ministra del Poder Popular para Ciencia y Tecnología

Nerliny Carucí

Directora de Producción Editorial de Ciencia y Tecnología

Coordinación de publicación: Nerliny Carucí y Francisco F. Herrera

Equipo de apoyo editorial: José Tomedes, Marlene Otero y Daniel Lew

Cuidado de textos: Nerliny Carucí

Diagramación: Saira Arias

Diseño de portada: Irwing Martínez

Ilustraciones: Irwing Martínez

ISBN: 978-980-7755-24-5

Depósito legal: DC2022001250

Caracas, agosto 2022

Hecho en la República Bolivariana de Venezuela

Esta publicación es posible gracias al apoyo
del Fondo Nacional de Ciencia, Tecnología
e Innovación (Fonacit).



Contenido

Prólogo	9
Gabriela Jiménez-Ramírez	
Redes sociales digitales y nuevas formas de intersubjetividad: una mirada desde la psicología humanista	17
Ovilia Suárez Faillace	
Realidad y representaciones: sus relaciones en medio de la guerra cognitiva. Hacia un círculo virtuoso de liberación, en medio de las guerras de exterminio y ocupación de un imperio en decadencia	35
Liliane Blaser Aza	
Revolución Bolivariana, capitalismo hegemónico y redes sociales digitales: las batallas por las subjetividades	57
Fernando Giuliani	
Comentario final	
El reseteo de la cultura de la vigilancia. Impactos políticos y psicosociales del capitalismo flexible	83
Francisco F. Herrera	

Prólogo

Queramos o no, estemos preparados o no, la industria 4.0 ya está aquí. Frente a ella, los pueblos y los Gobiernos tenemos el reto y el compromiso de estudiar y debatir los impactos de esta cuarta revolución industrial, que algunas denominan *industria 4.0*. Una pretendida revolución que nos introduciría, de lleno, en la era digital mundial y que está dirigida, principalmente, a mantener el modelo de crecimiento económico global, asociado a la continua reinención de la sociedad del consumo.

Es un hecho que el avance de la inteligencia artificial, especialmente de las redes sociales digitales, como tecnologías de información, cambia radicalmente la intersubjetividad, los imaginarios y las relaciones sociales. Como sostienen algunos autores, con las redes sociales digitales ya no hacen falta los estudios de mercado. Es mejor conocer la estructura social de la que forma parte el individuo; es decir: su ser social, en tiempo real y en todo momento. Con esta información, se le conocerá mejor de lo que él se conoce a sí mismo.

Las redes sociales digitales constituyen una superestructura cultural de la era del capital y su avasallante estrategia de vigilancia, como arma del colonialismo. Es el poder de una atroz plataforma de *márquetin* y panóptico cultural, de control humano, que se impone con la entusiasta e inconsciente participación de la gente. Al convertir las redes sociales digitales en el epicentro de la vida, el capital marca la pauta.

En la pandemia de covid-19, hemos visto a millones de personas hipnotizadas por el celular y por las distintas aplicaciones de mercado, con las redes digitales de la angustia, aisladas de las realidades comunitarias y de la naturaleza no humana.

Comprender los efectos de estas tecnologías en las mentes, en los cuerpos, en las relaciones, en el tejido comunitario, en la voluntad y en la conciencia debe ser asumido como un objetivo

de seguridad de primer orden. No solo debemos dar la reflexión sobre los riesgos y los impactos de la denominada *industria 4.0* en nuestra vida e historia; es necesario y urgente dotar de una base racional, altamente rigurosa y metódica, a esta evaluación para que se pueda establecer de manera clara y precisa el alcance de esta, en nuestra manera de pensar, de hacer, de sentir.

En los últimos años, el capitalismo ha estado dando evidencias bastante notables de un quiebre dentro de su estructura. El modelo capitalista está llegando al tope en su acceso y su pretensión de disponer de energía, abundante y barata, de manera creciente. Hay mucho que pensar del capitalismo y su metabolismo (la crisis). Tenemos la responsabilidad de reflexionar si este sistema se halla en un franco período de deterioro o si, realmente, hemos llegado a lo que algunos llaman *el colapso del capitalismo*; no podemos olvidar que el capitalismo es un sistema muy potente que va a hacer todo lo posible por reconfigurarse, mientras pueda. La cultura del capital creció generando subjetividades, primero, en los países del Norte global y, luego, en el resto del mundo. Subjetividades a favor del consumo, subjetividades a favor del *progreso* perpetuo, de la necesidad de *desarrollo* y economía crecientes. Eso está latente y es lo que ha determinado buena parte de las subjetividades y de las culturas que hoy existen.

El capitalismo está consciente de que el manejo de las (inter) subjetividades es su herramienta más poderosa. Mediante el consumo, el capitalismo produce el tipo de humanidad que lo hace posible. Dentro de esta frontera de poder, las redes sociales digitales son mecanismos donde todo es mercancía, hasta nosotros/as mismos/as. Su génesis parte de una visión imperialista del mundo por controlar y moldear las formas de pensar, de actuar, de ser; mediante condicionamientos asociados a una clase particular de existencia, que se convierten en principios generadores y organizadores de prácticas, imaginarios y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin: la trivialización de la vida, la subjetividad del tener, la sociedad del consumo, la

desmovilización política, la pérdida de la capacidad de pensar. A través de estas estructuras psicosociales, se (re)produce el sentido común que sostiene la (inter)acción humana.

Ignacio Ramonet, en su libro *El imperio de la vigilancia*, revela el espionaje y las formas de control a los que está sometida la humanidad, por parte de los poderosos dueños de las grandes plataformas tecnológicas a nivel mundial. Sin que nos demos cuenta, estamos, cada vez más, siendo observados/as, espiados/as, vigilados/as, controlados/as, desmovilizados/as. En la era de Internet y las máquinas de vigilancia, el control se ha “democratizado”. Las Gafam (Google, Apple, Facebook, Amazon, Microsoft), todas estadounidenses, acaparan y manejan, a su antojo, los datos personales de tres mil quinientos millones de internautas. Peor aún: con el pretexto de la emancipación y la liberación, y la complicidad de organismos multilaterales, quieren ahora extender su dominio a toda la humanidad.

Paradójicamente, por el placer de evolucionar en un universo tecnológico, la gente no se preocupa de saber, y aún menos de comprender, que las máquinas de vigilancia gestionan su vida cotidiana. Que cada uno de sus actos y gestos es registrado, filtrado, analizado y, eventualmente, vigilado. Que, lejos de liberarle de sus ataduras físicas, la informática de la comunicación constituye, sin duda, la herramienta de vigilancia y control más formidable que el ser humano haya puesto a punto jamás, como advierte el periodista Jean Guisnel, en el prólogo a la edición francesa de *Tous fliquéés! La vie privée sous surveillance*, de Reg Whitaker, publicada en 2001.

Si otrora la era del capital tuvo como mecanismo a la prensa escrita, la televisión, Hollywood, como sus medios más importantes, hoy tiene a las redes sociales digitales. Frente a esta nueva amenaza, probablemente un imperativo es que los Estados se aboquen a evaluar el impacto de las redes sociales digitales sobre las poblaciones, incluso desde la perspectiva ciudad-campo, estructuras etarias dentro de las ciudades y los diferentes sectores, porque las respuestas ante una tecnología

tan innovadora, y con unos intereses tan particulares, pueden ser funestas para la dignidad, soberanía y la seguridad de los Estados y los pueblos; sobre todo, porque son unas tecnologías que se nos han presentado como inocuas y como derechos adquiridos; pero para las cuales los Estados tienen muy pocas posibilidades de regulación, y la regulación que hay está en manos, fundamentalmente, de las corporaciones. El pasaje a la reflexión que debemos transitar debe ser un ejercicio para debatir temas controvertidos, como el derecho a no ser digitales.

Hacer explícito el contenido de la lógica capitalista que está detrás de las redes sociales digitales es uno de los pasos que nos corresponde, en el presente. El texto *Capitalismo y cibercontrol. Configuración de (inter)subjetividades, imaginarios y repercusiones psicosociales* abre algunos horizontes para desarrollar investigaciones con una perspectiva crítica, que abonen el camino para la transformación de la realidad contemporánea. Este libro, que el lector tiene en sus manos, surge tras el foro “Colapso del capitalismo y redes sociales digitales. ¿Lo dejamos en visto?”, realizado en marzo de 2022. El objetivo es contribuir a la comprensión de estos temas.

En las siguientes páginas, Ovilía Suárez hace un análisis detallado de la intersubjetividad que genera el modelo de desarrollo capitalista, las redes sociales digitales y las implicaciones en la soberanía de la voluntad individual y la de los pueblos. Liliane Blaser trata el rol de estas tecnologías en la construcción de nuevos imaginarios y modificaciones de la historia, como globo de ensayo; además, presenta opciones para divulgar estas nuevas realidades mediáticas y contraponer otras. Fernando Giuliani aborda el tema de la construcción de subjetividades en el capitalismo, a lo largo del siglo XX; la imposición y la masificación de las redes sociales digitales; así como implicaciones del cambio de época y el análisis del rol de estas tecnologías en los nuevos escenarios.

Sin duda, el texto *Capitalismo y cibercontrol. Configuración de (inter)subjetividades, imaginarios y repercusiones psicosociales* es un

esfuerzo concienzudo por penetrar un campo de relaciones que no permite ver lo que el uso de las redes sociales digitales produce en nosotros/as y por vislumbrar las configuraciones de las subjetividades, como dimensión psicosocial del proceso sociohistórico y de la vida cotidiana. Podría leerse de atrás hacia adelante o en forma aleatoria, de acuerdo con el interés de quien lo examine. Este texto destaca el papel de la reflexión pedagógica y la investigación crítica para la comprensión de los ejes nucleares del metabolismo del capital y las tecnologías de la vigilancia. Un texto que explora nuevas perspectivas y temáticas de investigación, y abre brechas para estudios ulteriores, plenos de significado, emergentes de la realidad de pie.

Gabriela Jiménez-Ramírez

Magíster en Biología

Ministra para Ciencia y Tecnología de Venezuela



4.0
4.0
4.0
4.0

Redes sociales digitales y nuevas formas de intersubjetividad: una mirada desde la psicología humanista

Ovilia Suárez Faillace¹

*El ser humano puede hacer lo que quiera,
pero no decide lo que quiere.*

Arthur Schopenhauer

Dónde estamos como sociedad

La sociedad actual nos convoca a una reflexión profunda acerca de dónde estamos y hacia dónde vamos como humanidad. Desde una perspectiva psicosocial y humanista, nos preguntamos por qué las personas actuamos como lo hacemos y cuáles son las razones y motivaciones de las reacciones humanas.

Para entender el momento que vivimos, es importante partir de la caracterización de la sociedad actual, lo cual nos coloca frente a un momento histórico y un tipo de sociedad específica. El mundo se transforma por los grandes cambios sociales, ambientales, tecnológicos, culturales, económicos y políticos.

Las nuevas tecnologías están presentes en la vida cotidiana actual. Internet, las telecomunicaciones, la cultura de las redes sociales digitales se imponen con el fin principal de sentar las fundaciones estructurales de un tipo de sociedad. Analizaremos algunas de sus paradojas y de las implicaciones psicosociales, desde la psicología humanista, en un intento de entender por qué una gran parte de la humanidad se apega a estas formas de interrelaciones y avanza en un estilo psicosocial predeterminado.

La sociedad actual, con los principios y preceptos que la conforman, ha condicionado estilos de vida y formas de comportamiento que la reproducen y la sustentan. Esta ha sido

¹ Psicóloga clínica, con maestría en Psicología del Desarrollo Humano (Universidad Central de Venezuela). Investigadora en el Colectivo de Psicólogos y Psicólogas por el Socialismo. Correo electrónico: ovisuarez@gmail.com.

construida con la intención de condicionar toda posibilidad de cuestionamientos. La educación, la recreación, la cultura dominante y, por supuesto, la familia también reproducen y refuerzan los pilares que mantienen esa sociedad; pues, a partir de la adopción de un estilo social industrializado, se derivaron principios y formas de dominación psicológica subyacentes a este modelo.

En este escenario, es imposible obviar que los protagonistas principales de estas determinaciones están acopiados en la clase media. Su presencia en los medios y en redes sociales digitales crea la percepción de una realidad única y universal, que invisibiliza a los *otros* que hacen presencia, en sus pueblos, con sus culturas, en tanto perviven como sociedades menos alienadas, menos colonizadas y en resistencia, pero negadas por las nuevas narrativas tecnológicas.

La sociedad actual

Partiendo de la revisión crítica de algunos de los planteamientos de Erich Fromm, describiremos algunos elementos que permiten comprender el determinismo funcional establecido en la construcción de nuevas intersubjetividades y las formas de relacionarnos a través de las redes sociales digitales y las telecomunicaciones.

Para Fromm (1976), el ser humano tiene dos orientaciones básicas, *tener y ser*. *Tener* implica adquirir y poseer cosas, incluso personas. *Ser* se centra en la experiencia, intercambiar, comprometerse, compartir con otras personas. En la sociedad del *tener*, la relación con el mundo es de posesión y propiedad, deseo de convertir en propiedad todo el mundo y todas las cosas, incluso a sí mismo. En la sociedad del *ser*, hay una relación viva y auténtica con el mundo, con los demás, se refiere a la verdadera naturaleza, a la verdadera realidad de una persona o cosa, se opone a las apariencias engañosas que promueve la misma sociedad.

Estas consideraciones parecen indicar que ambas tendencias se encuentran presentes en los seres humanos: la primera, *tener* —poseer—, toma su fuerza del factor biológico del deseo de

sobrevivir; la segunda, *ser* —compartir, dar, sacrificarse—, toma su fuerza de las condiciones específicas de la existencia humana, así como de la necesidad inherente de superar el aislamiento mediante la unión con otros.

Por estas dos fuerzas contradictorias que existen en todo ser humano, se deduce la estructura social con sus valores y sus normas; ese comportamiento, estilo y forma determina cuál de las dos tendencias llega a dominar. Ambas orientaciones se superponen; sin embargo, el lugar donde se pone el acento determina al ser humano y a la sociedad donde este se desarrolle.

La sociedad industrial trajo grandes transformaciones psicosociales. Las adaptaciones progresivas en las formas de pensar, actuar e interrelacionarse, como seres humanos, marcarían una nueva era. No solo bastaba con entender las nuevas formas de producción: fueron los principios, creencias y valores instalados como *progreso*, lo que permitió un giro social, sin precedentes. Principios y valores sociales originarios se transformaron hacia la sociedad de consumo y, con ello, cambió el sentido de la vida.

El sentido de la vida siempre ha sido la felicidad; este concepto varía de acuerdo con muchas posturas filosóficas que sustentan las explicaciones sobre la sociedad. No obstante, la mayoría de los postulados filosóficos, religiosos o conceptuales coinciden en que seremos felices, si se cumplen nuestros deseos o, por decirlo de otra manera, si tenemos lo que queremos (Fromm, 2011).

Si profundizamos en este concepto, encontramos que la satisfacción puramente de deseos puede ser contrario al propio bienestar del ser humano y de la comunidad. Es por ello que, cuando hablamos de satisfacción de necesidades, nos referimos a aquellas que conducen al bienestar del ser humano y del grupo social, no a aquellas que perjudican gravemente a otros o van en detrimento del propio interés social; el caso del consumo de drogas y otros delitos definidos en las leyes de cada país son ejemplo de ello.

Para Fromm (2011), con la industrialización, la sociedad capitalista ofreció la *gran promesa*; es decir: la idea de que, con

ella, habría un progreso ilimitado, la promesa de dominar la naturaleza, de abundancia material, de mayor felicidad para el mayor número de personas y de libertad personal, sin amenazas. Esta promesa sostuvo esperanzas en gran parte de la sociedad. Esta gran promesa se ha reproducido, rápidamente, en la sociedad industrial, en sus campañas publicitarias y difundidas por los medios de comunicación al servicio del mercado, también en las telecomunicaciones, produciendo la masificación y digitalización de tal subjetividad.

Aunque las propias contradicciones sociales y económicas del capitalismo hacen que las esperanzas ficticias creadas en esa gran promesa se vayan desvaneciendo, se mantienen dos premisas psicológicas:

- 1) la meta de la vida es la felicidad; esto es, el máximo de placer, que se define como la satisfacción de todo deseo o necesidad subjetiva que una persona pueda tener (hedonismo radical); 2) el egotismo, el egoísmo y la avaricia, que el sistema necesita fomentar para funcionar, producen armonía y paz. (Fromm, 1976, pp. 2 y 3)

La sociedad de consumo, sustentada en la creación de necesidades ficticias, ya había generado la gran carrera a la satisfacción de necesidades nuevas, creadas o viejas asociadas a conceptos contrarios al llamado *progreso* y a la denominada *modernización*. La gran mentira, junto a otros preceptos, es denominada por Fromm (2011) como *el extravío de la conciencia*.

Esos extravíos llevan al ser humano y a la sociedad, en general, a desarrollar *la sociedad del tener*, donde la vida se sustenta en posesiones y tenencias que, en teoría, dan una supuesta felicidad. *El extravío de la conciencia* se sustenta en *la gran mentira*, la cual penetra todas las esferas de la sociedad y crea necesidades que pueden ser saciadas con productos que no necesitamos, que sobredimensionamos y que nos mienten, en su contenido. La conversión de todo en una mercancía a la que debemos acceder para obtener la felicidad.

Para Fromm (2011), hay algunos principios que rigen la sociedad del *tener*. Estos nos alejan del *ser*. Mencionaremos algunos de ellos, para entender cómo se generalizan conceptos que no se cuestionan.

Las charlas triviales. Partiremos recordando que el término «trivial» es aquello que se interesa solo por la superficie de las cosas y que no toma interés por sus causas ni interioridades; la postura que no distingue entre lo esencial y lo irrelevante, o que tiende a confundir ambas cualidades. Podemos decir también que la trivialidad se deriva del vacío, de la indiferencia y de la rutina (Fromm, 2011). De hecho, su caracterización se ejemplifica en el encuentro entre dos o más personas para quienes sus conversaciones se centran en el hablar de sí mismas. Eso implica, entonces, aspectos de salud, la familia, las actividades laborales, recreativas, la cotidianidad (ello desde lo esperado y deseado); la curiosidad acerca de los otros y los logros o fracasos, encuentros y desencuentros. En ese terreno, las mentiras o engaños pueden ser comunes, en tanto se usan para sumar simpatías y ganar aceptación social.

Otro principio se encuentra en el ideario de *la vida sin esfuerzo y sin dolor*. La idea de que todo en la vida se puede conseguir sin ningún esfuerzo o dolor físico o mental se ha hecho generalizada; por lo tanto, aquello que se considera difícil o de mayor esfuerzo es rechazado, llegando a extremos relacionados con la comodidad y el facilismo. Al mismo tiempo, se posiciona la idea de que a nadie se le obliga a hacer lo que hace: si lo hace es porque le gusta. Esa falsa creencia, además, refuerza la idea que aquello que no te gusta hacer debes rechazarlo.

La idea de que ‘vivir bien’ *es vivir sin esfuerzo* se posicionó en la sociedad del tener, de manera contundente. Poseer esta forma de vida, y lo que conlleva la mayor facilidad, tributa a la mayor satisfacción de necesidades y, en consecuencia, a la felicidad. Las incomodidades o dificultades se asumen con dolor y esfuerzo y, por consiguiente, son rechazadas. La comodidad es interpretada como *calidad de vida*, y ese concepto se posiciona como objetivo de vida.

El miedo al autoritarismo y el ideal del capricho, para Fromm (2011) implica “miedo a todo lo que se considere autoritario, ‘impuesto’ al individuo, que exija disciplina. Este miedo se entiende conscientemente como deseo de libertad, de total libertad para decidir” (p. 43). La economía capitalista, la sociedad de consumo y la sociedad del *tener* se basan en la libertad individual, la libertad de comprar y vender, sin otras restricciones más que las legales o las jurídicas, establecidas en cada país capitalista, carente de limitaciones morales, políticas o de otra índole. Luego, las diferentes formas de proteger la propiedad pasaron de un aspecto existencial a posturas políticas o ideológicas asumiendo posturas polarizadas; “el mayor escenario en que se representa la ficción de la libertad personal es el terreno del consumo” (Fromm, 2011, p. 46).

En la sociedad de consumo, sustentada en los preceptos señalados por Fromm, se dan las condiciones para generar una sociedad del *tener* incuestionable, aceptada y deseada. Idealizado el consumo como dador de la felicidad deseada por todos/as, el mercado consigue el equilibrio necesario para transformar los estilos de vida, la cultura y las nuevas formas de interrelacionarnos.

Pérez y Suárez (en prensa) señalan que este ideal, junto a la globalización, se extiende en el mundo occidental y, por supuesto, en nuestra región, con algunas consecuencias en la sociedad nuestroamericana y en la venezolana, en particular. La despolitización, el fortalecimiento de valores como el egoísmo, el hedonismo radical, principios y valores de la *sociedad del tener* se posicionan como comunes, mayoritarios, normales.

Los mecanismos ofrecidos en la sociedad industrial, en los logros y descubrimientos científicos —que posicionan la ‘verdad’ y las formas de comunicarla a través de los medios de comunicación masiva, disponibles para desarrollar el patrón del engaño implícito en la narrativa de la globalización—, dan sustento a percepciones sociales construidas a lo largo del siglo XX, las cuales determinan los modos de vida cotidianos donde se interpelan las subjetividades y colectividades.

En esta perspectiva, las relaciones interpersonales actuales, antes de la pandemia de la covid-19 y reforzadas por el confinamiento, nos ubican en las telecomunicaciones como vía principal para estas interacciones, por demás digitalizadas. Pero ¿por qué se han generalizado hoy día?, ¿por qué son tan populares y aceptadas por gran cantidad de personas? De hecho, podríamos hablar de cómo estas han transformado la forma en la cual nos comunicamos, hacemos amistades, alianzas, incluso muchas personas se enamoran a través de las redes sociales digitales; ello, sin contar las formas hegemónicas, cómodas, rápidas y comunes de mantener informada a gran parte de la población mundial.

Las redes sociales digitales determinan nuevas formas de interrelación

Hablar de intersubjetividad en el siglo XXI nos lleva a considerar diversos aspectos psicosociales de gran complejidad. Introducirse en las subjetividades invita a preguntarnos desde dónde nos situamos; en este caso, estamos hablando del tipo de intersubjetividad virtual, de la interrelación social establecida a través de las redes sociales digitales; por supuesto, esto implica a las personas que utilizan mayoritariamente las redes.

Para conocer sobre la intersubjetividad, necesariamente expondremos algunos planteamientos de Alfred Schütz. Para Schütz (1974), la idea de intersubjetividad es planteada como sintonía en las relaciones sociales, establecida cara a cara y en sincronización con el *otro*. Uno de los aportes más significativos del autor se basa en el lugar que ocupa la vida cotidiana como expresión de procesos, tanto subjetivos como intersubjetivos.

Para este autor, el mundo de la vida cotidiana es un mundo intersubjetivo desde el comienzo. Este es, además, un mundo común a muchas personas; es decir: no es privado ni único. Esos aspectos comunes se vinculan con otros, estableciendo relaciones sociales diversas. Este aspecto es de gran importancia, cuando hablamos del uso de las redes sociales digitales, en tanto parece cobrar gran

interés entre los iguales interconectados las acciones cotidianas que se publican y se comentan.

También el mundo cotidiano enaltece el uso de las charlas triviales señaladas en la sociedad del tener. De manera tal que las redes sociales digitales presentan condiciones para que estos nuevos vínculos sociales se entretujan rápidamente y se reconozcan entre los iguales.

Schütz (1974) habla de dos tipos de intersubjetividad: la intersubjetividad primaria —cara a cara— y la secundaria —sujeto-sujeto-objeto—. En la actualidad, podemos decir que estas formas de intersubjetividad se fusionan, en tanto en la era de las telecomunicaciones, los videos, las fotografías suponen un imaginario de relaciones sociales reales mediadas por un tipo de recompensa digitalizada, tal como lo es el ‘like’ o ‘me gusta’. Por su parte, los mensajes o las grabaciones de voz acercan las distancias físicas, al punto de sentir y aceptar cercanías, como si fuesen cara a cara.

Pero, obviamente, es otra intersubjetividad. Son códigos nuevos y, a la vez, comunes, que se van apropiando en los grupos que interactúan a la velocidad de la tecnología, donde las paradojas de esta interconexión se hacen notar en cada espacio de la cotidianidad.

Desde la fenomenología, Schütz (1974) destaca cómo el ser humano comprende los significados derivados de las expresiones cotidianas y su actitud ante estos, sin importar si son reales o imaginarios, porque, desde su sentido evidente, las percepciones adquieren un sentido común. “Únicamente en el mundo de la vida cotidiana puede construirse un mundo circundante, común y comunicativo. El mundo de la vida cotidiana es, por consiguiente, la realidad fundamental y eminente del hombre” (Schütz 1974, p. 25).

Cabriolé Vargas (2012) afirma:

... esta es la premisa básica que permite acercarse al conocimiento del mundo social desde la perspectiva fenomenológica: el reconocimiento del mundo de la vida cotidiana como lugar de la intersubjetividad y del

vínculo social. Categorías indisolubles, lo intersubjetivo y las relaciones sociales se expresan en el mundo de la vida cotidiana, el que está provisto de múltiples sentidos atribuidos por los sujetos. (p. 3)

Las redes sociales digitales, a través de los usuarios frecuentes, se interrelacionan e interactúan desde códigos comunes, pero esta vez convertido en un hipertexto propio de la configuración de los algoritmos empleados para digitalizar la vida humana. Si la sociedad la entendemos como una red en la cual las personas se encuentran entrelazadas, estamos hablando de un tipo de sociedad virtual.

La intersubjetividad que existe en estos grupos se puede medir a través de comentarios, *stickers*, símbolos emocionales con sus significados variados —emojis—, y los códigos desarrollados por las propias redes digitales. Cuando se da ‘me gusta’, se están compartiendo historias; cuando se sigue a un usuario, se está compartiendo el mundo privado cotidiano: este pasa a ser público y común. En el mundo de las redes sociales digitales, se le atribuye significados asociados, conocidos por sus usuarios, donde se sabe el efecto que causa en el *otro*.

La influencia de estas redes en el desarrollo humano, considerando la singularidad de cada proceso del ciclo vital, asociado a las características culturales y de vida, tendrá un impacto en la subjetividad e intersubjetividad, que apunta en diversas direcciones con un único propósito. La re-significación de vínculos sociales, afectivos y culturales, a través de las redes sociales digitales, se intensifica repotenciando la influencia que tuvo la televisión a comienzos del siglo XX.

De este modo, encontramos nuevas formas de interacción social que permiten nuevos aprendizajes, nuevos procesos cognitivos; nueva información, en tiempo y espacio más rápidos, que llega a mayor cantidad de personas y maneja un lenguaje común a pesar de los idiomas involucrados.

El sentido común, en este contexto, se funda sobre los significados compartidos por algunos grupos sociales y sus

interacciones, usando como recurso lo cotidiano, elementos de la vida cultural y social con un lenguaje que entienden y comparten. En algunos casos, atribuyendo significados de vida y existencia que forman las nuevas intersubjetividades digitalizadas.

Para Bustamante (2019), las redes sociales digitales:

... [como] nuevas formas de interacción social motivan al individuo a participar y a pertenecer a un grupo que les permita construir una imagen y conocer la de los demás, compartir sus intereses y enterarse de las inquietudes de los otros; de esta manera, esta red permite la creación de vínculos sociales a través de la comunicación, presente a cualquier hora y en cualquier momento; en continua producción y actualización en una cotidianeidad con un sentido distinto, donde los sujetos establecen redes de amistad, apoyo y cooperación a escala global. (p. 12)

La ilusión de acercarnos a personas distantes —que, quizás, en la vida real no conoceríamos— es uno de los grandes atractivos magnificados en la adolescencia y en la juventud, etapas en las que el intercambio de información laboral, de estudios, personal o de intereses, en general, cobra un tipo particular de intersubjetividad.

Bustamante (2019), estudiando la red social Facebook, señala:

... la intersubjetividad es la cognición compartida y el consenso mediante la interacción social, proceso dinámico que se construye continuamente mediante la realidad, la historia y las necesidades de cada individuo; se puede pensar que este tipo de relaciones, vistas desde una manera tradicional, tienden a tener un grado de complejidad, puesto que hay interacciones virtuales que no precisamente propician intersubjetividad. Ciertas veces es necesario tener un mayor acercamiento con el *otro*; para lo cual se pueden utilizar aplicaciones de otras redes o el acercamiento físico; pero si se piensa de manera avanzada sobre estas redes, la interacción proviene generalmente de personas con las que se compartieron vivencias importantes (presencial) y ahora

dan continuidad a ese vínculo en la red (virtual), y viceversa, dos factores amalgamados en Facebook con los que los individuos pueden retomar vínculos, reavivar experiencias y compartir el ahora: inquietudes e intereses con similitudes generacionales, culturales, educacionales, etcétera. Factores que facilitan la interacción virtual, el entendimiento de subjetividades y por ende las intersubjetividades, en este caso virtuales. (p. 13)

Las redes sociales digitales, sus usuarios y la conexión entre ellos pueden fortalecer vínculos, relaciones e intersubjetividades. Estas redes promueven tanto encuentros presenciales como virtuales; en ambos espacios, las distancias se acortan y dejan de ser impedimento para la creación de nuevos vínculos, a pesar de tener un impacto en el mundo inmediato circundante.

La interconexión y las redes sociales generan nuevas formas de vincularnos y de tener presencia en los grupos de iguales. Interconectados y agrupados de forma voluntaria por intereses comunes. Aunque pareciera que el mundo real se ve afectado por el mundo virtual, en muchos casos puede ser al revés. El mundo virtual también puede promover cambios y cercanía al mundo real. Por ello, las ventajas y desventajas de las telecomunicaciones debemos comprenderlas como grandes paradojas, donde lo cotidiano y la intersubjetividad tienen un campo de acción extremo.

Las nuevas formas de dominación

Para Marcuse (1993), hoy la dominación o la manipulación del ser humano es muy grande —¡más que antes!—. Este proceso da origen a una sociedad poco racional que puede destruir el libre desarrollo de las necesidades y facultades del ser humano. El individuo termina sometido a un tipo de pensamiento e información.

Las telecomunicaciones y el acceso a las redes virtuales se prestan para reproducir los preceptos de *la sociedad del tener* señaladas anteriormente; creemos que estando conectados la vida es más fácil, se logran los objetivos sin mayores esfuerzos. De esta manera,

se encuentra la información que se desea, sin cuestionarnos el origen o los estilos; simplemente eso es lo que logramos encontrar sin mayor cuestionamiento. Las redes sociales digitales brindan la ilusión de que, con ellas, se tiene mayor acceso a la información; sin embargo, el tipo de información es el mismo, los buscadores tienen la hegemonía y el control de la información que ofrecen. Sin mayor consideración, la información es la misma. El lenguaje superficial, sobre sí mismo y la vida cotidiana, fortalece las charlas triviales, el egoísmo, el egotismo, el hedonismo extremo, apoyando valores y principios de la sociedad capitalista, sin siquiera cuestionarlos.

La subjetividad de las distancias se hace presente y podemos acercarnos a personas que se encuentran lejos, al tiempo que nos alejamos de los intereses y circunstancias presenciales de los que están cerca, restando importancia a estos encuentros y deshumanizando las relaciones cara a cara. El tipo de intersubjetividad que se crea hace creer que la cantidad de seguidores o de símbolos emocionales o el marcar ‘me gusta’ significa que se tienen muchos lazos sociales, cuando, en realidad y ante las necesidades reales, las personas pueden experimentar un profundo sentimiento de soledad. Por otra parte, al no tener respuestas de los otros, decepciona al usuario y puede dar la sensación de vacío. Más allá, las agresiones utilizadas desde el anonimato y las aceptaciones han generado una forma de violencia y acoso cibernético, con consecuencias psicosociales de gran impacto.

La línea entre lo virtual y lo real se desdibuja, y lo que se publica en cualquier red digital puede ser real o no. Ello pone en duda los encuentros virtuales, genera desconfianza y propicia “malas compañías” o malas intenciones que afectan a muchas personas. Entre las paradojas de los medios y de las redes sociales digitales, encontraremos algunos aspectos que debemos recordar: la identidad intersubjetiva es una de ellas. Para Mendoza y Cuñarro (2016, p. 20), “las relaciones ‘yo-tú’, donde el sujeto ve el lugar ideal para reinventarse y construir una ‘imagen ideal’ contraponiendo ‘su parecer’ a su ‘ser’”. En el mundo de las redes y de lo virtual, la línea entre lo real y lo

ficticio es difusa y genera grandes paradojas y contradicciones. Se cree tener mayor autonomía, pero también se tiene más dependencia; así lo sugieren Mendoza y Cuñarro (2016), en sus estudios con los teléfonos inteligentes, al señalar que tales dispositivos:

... enriquece[n] las relaciones intersubjetivas (“yo-tú”) pero también puede hacer que se invisibilice al “otro”; facilita una mayor libertad, frente a la posibilidad de mantenerlo atado; y todo ello en un contexto donde el sujeto se repliega sobre sí mismo, pero que, al mismo tiempo, necesita de la aprobación del “otro” y donde se desdibujan los límites entre lo público y lo privado, lo personal y lo colectivo. (p. 31)

El comportamiento de la conexión permanente, como aprobación de los otros y como forma de mantenernos comunicados, llega a extremos cuando un usuario de las redes desaparece, porque puede generar preocupación en el grupo. La presencia determina el tipo de vida en el entorno virtual.

Las nuevas formas de consumir están también en las pantallas de los teléfonos inteligentes y de las redes, al igual que en la televisión en el siglo XX. Actualmente, “el objeto es la ventana por la que entramos en la sociedad de consumo, ocupados para apreciar la realidad manipulada, cayendo en la indiferencia, en la irresponsabilidad y en la poca capacidad reflexiva” (McLuhan, 1964). Se nos ofrece lo que no necesitamos, fortaleciendo la *gran promesa* y creando necesidades ficticias asociadas al *progreso* y la modernidad para tener una vida sin esfuerzo.

La pantalla se ha convertido en el centro de la apariencia y de la verdad. Bueno (2000) expone cuatro modelos sobre la televisión que bien podemos ajustar a las redes:

1. Lo que no está en el mundo tampoco está en televisión. Referido a entender la verdad en torno a las apariencias. La TV es una especie de registro o crónica de la realidad, tal como ella se nos aparece.
2. Lo que no está (o aparece) en la pantalla tampoco está en el mundo. Es lo que en la apariencia se muestra, sentimientos, gustos identificados en el lenguaje, lo que nos da una señal semejante a un mapa en el cerebro, en lo real.

3. Lo que está en la pantalla está en el mundo y lo que está en el mundo está en la pantalla. Allí, el comportamiento se plantea como si el mundo está formado por lo que sale en pantalla y como si esas imágenes fueran el mundo real, como si se constituyeran entre sí.
4. Ni la televisión es parte del mundo, ni el mundo es un mundo en torno de la televisión: desde aquí retoma estudios del significado, desde lo formal, dándole una definición diferente a la TV formal y TV material, y separando las realidades en su justa dimensión.

Los planteamientos de la apariencia y la verdad plasmados en la televisión han llegado a las pantallas móviles, a las redes sociales, a internet y conforman la información global. Ejemplo de ello ha sido el manejo mediático y de redes sociales digitales sobre la Revolución Bolivariana; la realidad virtual hizo que nuevos modelos comunicacionales aparecieran dando voz a los invisibilizados y a la búsqueda de la realidad real. Los medios comunitarios y alternativos, por ejemplo, aparecen para mostrar a los *otros* y a diferentes miradas de la realidad.

En las redes sociales virtuales, pese a las ventajas descritas por usuarios/as que ven en ellas la posibilidad de todo lo expuesto, encontramos, como caracterización: lo trivial, la inmediatez, la facilidad y comodidad, la identidad ficticia (popularidad virtual), la gran mentira virtual y real, el estímulo al consumismo, la masificación de las mentiras y la manipulación. También podemos encontrar matrices de opinión en la dirección de las ideas dominantes, que permiten el control de la voluntad. Todas ellas, características de la sociedad del tener, sustento de la sociedad de consumo y base del capitalismo.

Fromm (1987) señala que el capitalismo y la Revolución Industrial impulsaron cambios en los estilos de vida, de forma significativa. En la primera Revolución Industrial, se sustituyó la energía animal por la mecánica, *lo cual hizo creer que nos liberábamos*; en la segunda revolución, se entregó el pensamiento y la memoria a los

computadores; actualmente, podemos decir que en esta revolución industrial, las relaciones sociales y el acceso al conocimiento están entregadas a las telecomunicaciones.

Hacia dónde ir como sociedad

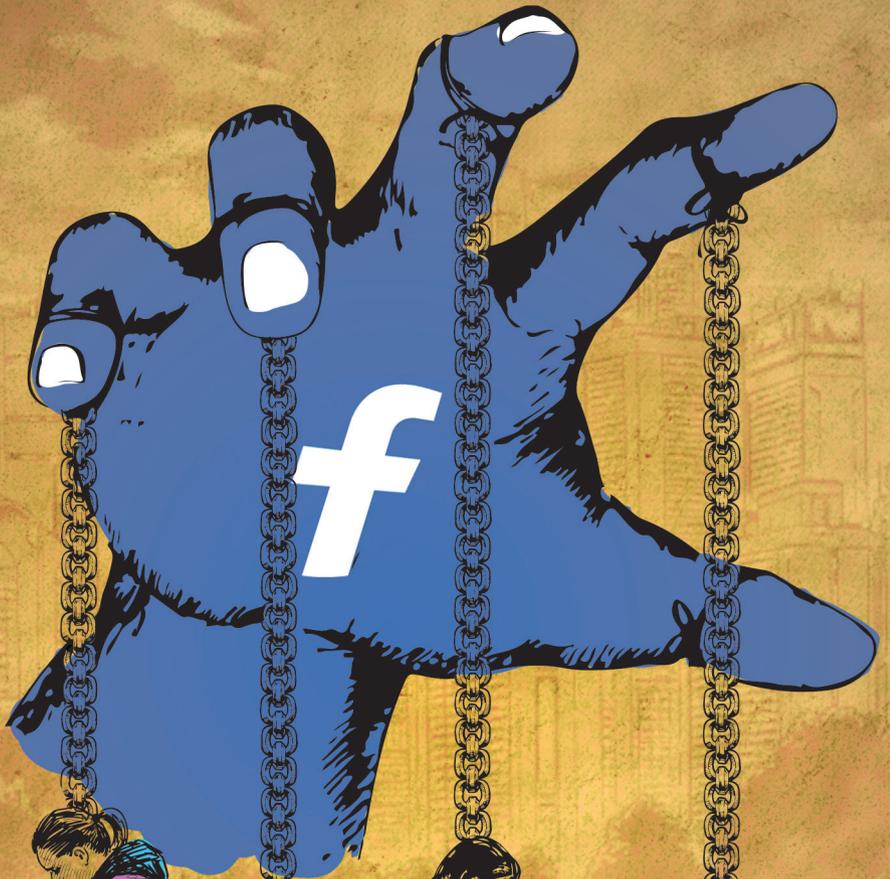
Ante este escenario desesperanzador, surge una forma estimulante que nos invita a redireccionar la reflexión hacia el logro de una humanidad plena, satisfecha, centrada en el ser humano en comunidad, la cual radica en aspectos que le otorgan participación y poder de decisión a las diversidades sociales. La transformación humana debe provocar el accionar del ser humano, quien hace su propia historia en unión con los otros. La *revolución de la esperanza* radica en la actividad consciente y protagónica, además sobre la resignificación de la esperanza, la fe, la fortaleza, como líneas propias de un tipo de conglomerado humanista.

A pesar de las “ventajas” que nos brindan las redes sociales digitales, una lectura crítica de los medios, de las redes y la participación colectiva es lo que nos garantiza la sociedad centrada en el ser humano. En la Revolución Bolivariana, con la democracia participativa y protagónica junto a las estrategias del Estado, nos comprometimos con la responsabilidad de construir una sociedad diferente, pluriversal y equitativa. Considerar y avanzar, partiendo del *ser*, es lo que nos permitirá el crecimiento y desarrollo como comunidad, sin reaccionar drásticamente a los avances científicos y tecnológicos, sino apropiándose de ellos con conciencia crítica. El camino es largo y la dinámica temporal es desigual; pero, mientras el acento esté en el ser humano y en la vida toda, podremos avanzar.

Vivir correctamente ya no es solo una demanda ética o religiosa. Por primera vez en la historia, la supervivencia física de la especie humana depende de un cambio radical del corazón humano. Sin embargo, esto solo será posible hasta el grado en que ocurran grandes cambios sociales y económicos que le den al corazón humano la oportunidad de cambiar y el valor y la visión para lograrlo. (Fromm, 1976, p. 9)

Referencias

- Bueno, G. (2000). *Televisión: apariencia y verdad*. Gedisa.
- Bustamante, L. (2019). La intersubjetividad en la red social Facebook. *Entretejidos. Revista de transdisciplina y cultura digital*, año 6, Vol. 6. https://entretejidos.iconos.edu.mx/thesite/wp-content/uploads/2019/11/Entretejidos_Facebook.pdf
- Cabrolí, M. (2010). La intersubjetividad como sintonía en las relaciones sociales. Redescubriendo a Alfred Schütz. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, (9)27, 317-327. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682010000300014>
- Fromm, E. (1976). *¿Tener o ser?* Fondo de Cultura Económica.
- Fromm, E. (1987). *La revolución de la esperanza*. Fondo de Cultura Económica.
- Fromm, E. (2011). *Del tener al ser. Caminos y extravíos de la conciencia*. En R. Funk (ed.) (10.ª reimpresión de la 1.ª edición). Paidós.
- Marcuse, H. (1993). *El hombre unidimensional* (A. Elorza, trad.). Editorial Planeta-De Agostini.
- McLuhan, N. (1964). *Understanding Media: The Extensions of Man* (1st Ed.). McGraw Hill.
- Mendoza, M. y Cuñarro, L. (2016). “Celular e intersubjetividad”. *Omnia*, 22(1) enero-abril, 20-31. <http://www.redalyc.org/pdf/737/73747750003.pdf>
- Pérez J., C. y Suárez, O. (en prensa). *Comprensión psicodinámica de las transformaciones sociales nuestroamericanas desde una lectura de Erich Fromm*.
- Schütz, A. (1974). *El problema de la realidad social*. Amorrortu.



**Realidad y representaciones: sus relaciones
en medio de la guerra cognitiva.
Hacia un círculo virtuoso de liberación, en medio
de las guerras de exterminio y ocupación de un imperio
en decadencia**

Liliane Blaser Aza¹

En este ensayo, me voy a centrar en el efecto de lo que llamaré, en adelante, la *guerra cognitiva*, las manipulaciones perceptivo-cognitivas y afectivas, sobre el pensar y el accionar político de individuos y colectividades. Estas manipulaciones son ejercidas por una estructura de poder mundial, que algunos/as prefieren denominar con el concepto de *poderes fácticos*; otros/as, *imperio o poder mundial*. Se dan, en nuestro país, Venezuela, en el contexto de una realidad intervenida y a través de procesos de comunicación. La hipótesis, que no pretende ser resuelta en este ensayo, es que también, desde la comunicación, debería ser posible desmadejar las conexiones perceptivas, cognitivas y afectivas producidas por estas manipulaciones. Desde la comunicación, pero no solo desde ella, ya que las intervenciones son complejas.

No debe suponerse que todos los males de la situación venezolana provienen de una sola causa: los ataques externos que enumeramos más abajo. Tampoco debe entenderse que no sea necesario actuar, simultánea y coordinadamente, sobre las realidades afectadas por los ataques y por situaciones preexistentes, más allá y más acá de ellos.

Las guerras de hoy son híbridas, de múltiples frentes y múltiples métodos de ataque. La guerra cognitiva es transversal y complementaria a los ataques concretados en lo real: golpes de

¹ Psicóloga (Universidad Católica Andrés Bello), socióloga y antropóloga (Universidad Central de Venezuela). Documentalista y docente en la Universidad Nacional Experimental de las Artes. Integrante del Instituto de Formación Cinematográfica Cotraín y del Colectivo de Psicólogos y Psicólogas por el Socialismo. Correo electrónico: lilianeblaser2022@gmail.com.

Estado, atentados, intentos de invasión, sabotaje a los servicios públicos y las industrias, guerra urbana son parte de una tenaza; la otra parte, la narrativa que disemina interpretaciones y responsabilidades a conveniencia de quienes operan en lo real y en lo simbólico para lo que se ha dado en llamar “revoluciones de diseño, para cambios de régimen”; pero también el goteo permanente de construcción de “sentidos comunes” acerca de la realidad general.

1. Planteamiento general acerca del tema de análisis

Nos guiamos en el mundo, a través de nuestra vida, mediante la representación de la realidad (física, relacional, social) que nos rodea y nuestras respuestas a esta. La ambigüedad es elocuente. La realidad y nuestras representaciones de ella.

No se puede hablar de la relación de nuestras *representaciones* con la *realidad* (que considero condición básica de la construcción de consciencia) en función de la lucha por la *liberación* (que, pienso, completa la construcción de consciencia), sin comprender que tanto la realidad social, cultural, real, que nos rodea, como sus representaciones —que son su reflejo en nuestras mentes (y que también forman parte de la realidad cultural)— están siendo amenazadas por fuerzas potentes, que se colocan, por así decirlo, entre la realidad y nuestra mirada/reflexión/consciencia, para tergiversar nuestra percepción, nuestra reflexión/interpretación sobre lo percibido y nuestra consciencia de la realidad y de sus múltiples determinaciones.

Se trata de las manipulaciones perceptivo-cognitivas que, como ya se va conociendo, constituyen instrumentos de la guerra cognitiva, complemento y suplemento de las coerciones, presiones y agresiones, con los que los poderes fácticos gobiernan el mundo e intentan gobernar nuestros actos, individuales y societales. Pero no sería tan efectiva su capacidad de gobernar nuestras actitudes y conductas, si no estuviesen acompañados de una incidencia importante sobre nuestra *afectividad*, sea a través de la información manipulada o manipuladora, elicitadora de reacciones emocionales, como rabia,

indignación, solidaridades automáticas, o sea directamente, con el manejo de variables relacionadas con los afectos.

Quiero significar, con esto, que puede trabajarse la emoción a través de la información, seudoinformación, desinformación, que elicitó emociones relacionadas con valores o creencias altamente cargadas de emocionalidad. Si, por ejemplo, se quieren estimular actitudes y afectos negativos hacia el presidente Putin, en la situación bélica actual, se pueden redactar *leads* informativos como “*Putin invadió Ucrania destruyendo ciudades y asesinando civiles indiscriminadamente, solo para expandir su territorio y retar a occidente*”; o imágenes que impactan emocionalmente, como las de personas, preferiblemente mujeres, ancianos/as o niños/as llorando frente a una casa destruida, imágenes que, como sabemos, en estas guerras, suelen no corresponder al pie de foto, y que son fuertemente movilizadoras de emociones e incluso obstaculizan la capacidad de análisis crítico sobre su pertinencia y veracidad.

En ambos casos, se está tratando de un trabajo informativo, por medios cognitivos verbales y no verbales, que buscan impactar las opiniones y las emociones del lector/a o espectador/a. Estas interactúan y ambas conducen a acciones políticas concretas, que van, desde la expresión de una opinión, la firma de un comunicado, o la participación directa en la contienda como voluntario/a. En caso de no tratarse de elementos pertenecientes a una estrategia de guerra cognitiva, sino, por ejemplo, del escrito de un/a opinador/a independiente, convencido/a de la verdad de sus asertos, podemos encontrar las mismas afirmaciones e incluso las mismas imágenes. Sería el contexto de la persona escribiendo lo que nos podría sugerir si se trata de parte de una campaña activa o resultado de una campaña, o expresión de una posición ante la vida y ante el mundo, resultado de lo que las ciencias sociales llaman *proceso de socialización*. Esto, visto desde un/a observador/a, colocado/a en una perspectiva distinta. Para quien comparte la narrativa expresada, se tratará simplemente de una noticia veraz; de unas fotos de denuncia.

La subjetividad, con o sin guerra cognitiva, jugará siempre un rol en la percepción, cognición y afectividad; de eso se trata la subjetividad. Estos tres movimientos constituyen también movimientos de la subjetividad. La subjetividad se ha venido formando, desde la noche de los tiempos, en el proceso de socialización. Hoy parece haber actores globales ocupados de precisarlo; de orientarlo hacia objetivos geopolíticos.

Tenemos creencias, prejuicios, actitudes, experiencias, conocimientos, que filtran nuestras percepciones y que condicionan nuestra forma de elaborar, cognitiva y emocionalmente, nuestra visión de la realidad. Eso construye nuestras diversidades. En la guerra cognitiva, hay la consecución de un plan, de manejar los tres procesos con el fin de lograr, de una persona, comunidad o nación, una determinada conducta. Allí, hay varios medios: la educación, la religión, la mediática, la publicidad, la propaganda, las redes.

Pienso que puede hablarse de guerra cognitiva cuando se encuentra cierta sistematicidad y direccionalidad en los discursos. Generalmente, puede detectarse un beneficiario (persona, partido, país, estado de cosas, orden internacional, etcétera).

En la guerra cognitiva, no hay presunción de inocencia sobre quienes la perpetran. Hay estudios e investigaciones que desnudan acciones concretas y autores determinados.

Se trata de operaciones conscientes, por parte de poderes fácticos, para lograr que una persona, una población se comporte de una manera específica, mediante la manipulación de su percepción, cognición o emoción frente a hechos de la realidad social, política, cultural.

La combinación del ejercicio del poder y del constreñimiento económico, político y militar, y de la manipulación perceptivo-cognitivo-afectiva, entraba la libertad de razonar, que maneja el entorno externo y el mundo interno de individuos, colectivos (del sector obrero, campesino, profesional u otros) y de pueblos enteros. Esto incidirá en sus acciones, principalmente en las políticas.

Estas guerras pueden tener un grado mayor o menor de incidencia en lo real. Si el orden social de una colectividad comporta graves heridas o conflictos, puede no ser necesario incidir mayormente en ellos a nivel de lo real, sino en los aspectos simbólicos; percepción, cognición y afectos. Es el caso de algunas sociedades a las que se aplicaron más planes de movilización política que acciones económicas, o de otro tipo fáctico. Se opera abriendo más las heridas, exacerbando los conflictos, dando direccionalidad a luchas, temores, conflictos preexistentes, por mencionar algunas operaciones. Fragilidades específicas en áreas de la economía, de aspectos de la institucionalidad de una sociedad, dan pistas a quienes desean afectarla, de los puntos de ataque de mayor vulnerabilidad e incidencia en lo real.

En Venezuela, hemos sufrido, en los años de gobierno del proceso bolivariano, ensayos de invasión, golpes de Estado, intentos de magnicidio, guerra urbana, sabotajes a los centros de producción, a las instituciones de servicio (para hablar de violencia física); también ataques a la moneda, que derivan en inflación desmedida, crisis económica que afecta todos los ámbitos de la vida. Acompañando a estas estrategias, narrativas de todo tipo, inculporias del Gobierno Bolivariano, por las consecuencias de los desmanes orquestados. Se conforman, así, operaciones de desgaste de la confianza en líderes e instituciones, en sus capacidades y en sus intenciones, las cuales se apoyan, generalmente, en debilidades reales o aparentes, en problemáticas que no son ajenas a cualquier Gobierno del mundo, presentadas como particularidades exclusivas de un régimen que debe interrumpir sus funciones para liberar a sus ciudadanos y ciudadanas de males indecibles, muchas veces, como consecuencia, en gran parte, de los ataques a nivel fáctico provocados por los mismos factores que propician, a la vez, acciones destructivas y el discurso de desgaste.

2. Definiciones de la guerra cognitiva

El autor del ensayo *Cibergeopolítica y la guerra cognitiva*², Leonid Savin, cita el informe de la OTAN de Francois du Cluzel, en el que se dice:

La guerra cognitiva es el uso integrado y combinado de armas con capacidades no cinéticas y cibernéticas que mediante la información, la psicología y la ingeniería social buscan ganar una lucha sin la necesidad de interacción física. Se trata de un nuevo tipo de guerra donde las potencias externas se valen de la opinión pública, como una especie de arma, con el propósito de influir o desestabilizar una nación. Estos ataques pueden visualizarse del siguiente modo: abarcar mucho mediante muy poco y de ese modo influir en el pensamiento y la acción de los objetivos, que pueden ser poblaciones enteras o individuos particulares, al igual que ciertas comunidades y organizaciones. Estos ataques buscan cambiar o reforzar cierta clase de pensamientos, influyendo/radicalizando la forma de pensar de la gente y de ese modo afectar la realidad material. La forma en que esto se lleva a cabo difiere bastante de los métodos tradicionales de guerra, **pues la guerra informativa trata de controlar lo que la población ve, la guerra psicológica controla lo que la población siente y la guerra cibernética intenta perturbar las capacidades tecnológicas del enemigo. Finalmente, la guerra cognitiva busca controlar cómo piensa y reacciona una población ante determinados acontecimientos.** (p. 83. El destacado es nuestro)

3. La guerra actual

La evolución de las tipologías de guerra, en su refinamiento —que no las ha hecho menos crueles— y en su combinación,

² Savin, L. (2022). *Cibergeopolítica y la guerra cognitiva*. *Cuadernos de Nuestra América*, 3, 78-86.

no deja fuera de su campo de acción nada de lo humano, para deshumanizarlo. Tampoco deja fuera las versiones anteriores de la guerra. Va incorporando, según necesidades, particularidades, fuerzas relativas.

Valgan los testimonios de veteranos estadounidenses de muchas guerras (Vietnam, Iraq, Afganistán...) para mostrar, desde el punto de vista del agresor, lo que ha sido el horror de las guerras, agresiones, invasiones y ataques en las últimas décadas. El impacto de su realismo no requiere esfuerzos para imaginar el relato desde los agredidos, invadidos, atacados, conquistados, expoliados.

Pueblos originarios de América, África y también de Asia, Europa y Oceanía pueden contarnos sus horrores.

La respuesta al *qué hacer* debe pasar, por lógica, por el mismo vehículo por donde transitan las agresiones. Los ejércitos, la reserva, nuestra milicia y, finalmente, quizás también, el pueblo en armas contra la muerte tendrán el lugar de lucha que dicte la realidad, en sus aspectos atinentes a las guerras de previas generaciones.

Las guerras imperiales tienen por objeto dominar espacios. Para ello se valen del exterminio de los oponentes y la ocupación de los territorios, para sustraer beneficio de sus recursos naturales, de su posición geográfica de valor estratégico o no perder el dominio político de esa nación.

Pero, aquí, me quiero dedicar al aspecto discursivo de la guerra: la construcción de narrativas que corroen las consciencias, la entusiasta participación política en contextos de transformación o directamente el apoyo a gobiernos transformativos, de mayor o menor calado, ya que no hay calado inocente y todo es peligro inusual y extraordinario para el desorden mundial en decadencia: imperial, colonial, neocolonial, destructivo, criminal.

Está claro que las sucesivas (e imbricadas) generaciones de guerra tienen aspectos dominantes en cada una de ellas, pero no excluyen el uso de aspectos de otras generaciones. Uno de los primeros *fakes* registrados en las historias de guerra, quizá, haya sido el caballo de Troya (suerte de “falso negativo”, si cabe decirlo). Toda estrategia de

guerra comporta el factor engaño (lo utilizaron, de formas diferentes, Napoleón contra los ingleses; Páez contra los españoles; Bush y sus cómplices de guerra, como “casus belli” contra Iraq).

Sin embargo, la guerra cognitiva y sus estrategias busca no solo imponer contenidos de consciencia, sino maneras de interpretar la realidad: no interviene únicamente en los resultados del proceso cognitivo, sino en la estructuración y, diría, la “ruta” del proceso mismo.

4. Cómo opera la guerra cognitiva sobre nuestra conducta política

Entre la realidad social y política, y nuestra representación de ella, hay mediaciones muy complejas, también la habrá entre nuestras representaciones psíquicas y nuestras acciones físicas sobre la realidad. Las complejidades que implica la percepción e interpretación de los hechos, y su incidencia en nuestra psique, se suplementan con las complejidades de las respuestas a estas incidencias. La conducta social, política, bélica responderá a estas complejidades. Manejarlas, modificando nuestro proceso de percepción y de intercambio cognitivo y afectivo con la realidad, se convierte en motivación inevitable para quienes deseen que nuestras respuestas, nuestras conductas, como personas y como pueblo, respondan a sus intereses.

A través de operaciones psicológicas, instrumentos de la guerra cognitiva, buscarán modificar nuestras actitudes y consecutivas acciones sobre la realidad. La realidad es percibida, interpretada, incorporada a la memoria de una determinada forma, como representaciones, como imaginario, en forma mediada por nuestras experiencias, por la influencia de nuestros padres y nuestros pares, la escuela, los medios.

En la guerra cognitiva, de una forma más estructurada y orgánica, se interponen entre nosotros/as y la realidad operadores que usan las narrativas de la mediática tradicional y de las redes, cada vez en mayor medida, y las operaciones psicológicas para la percepción y la interpretación dirigidas, y la manipulación de los afectos para direccionar, en consecuencia, la conducta de las personas.

Estas interpretaciones y conductas también han venido siendo mediadas, durante nuestra historia personal, por la formación familiar, la educación, la religión, como está expresado en líneas anteriores. Estas, generalmente, van respondiendo también, salvo excepciones, a estos operadores. Educación y cultura forman nuestra percepción, pensamiento, emociones, conductas. Es lo que llamábamos, desde el marxismo, *ideología dominante*. Hoy sigue existiendo, pero se ha hecho más compleja y, a veces, difusa.

Nuestros pensamientos guían, de alguna manera, nuestras acciones, pero son las emociones, nuestra afectividad, las que, finalmente, las motivan a hacerse acto. Las acciones pueden consistir tanto en actuar en determinado sentido, como en abstenerse de hacerlo.

En nuestro país, y en otros también, y poco a poco algunos segmentos de la población, han logrado percibir, en mayor o menor medida, esta guerra, como guerra; pero, en otros países y parte de la población, se percibe como una especie de ambiente natural, de sentido común, de obviedades. Esto la hace difícil de vencer.

5. Actores fundamentales

Quienes operan directamente la guerra cognitiva no son siempre sus beneficiarios fundamentales. Hay instituciones que, subsidiariamente, se encargan de ello.

A mediados del siglo XX, se fue constituyendo, a través de instituciones llamadas de relaciones humanas y otras (Instituto Tavistock³, por ejemplo), el sujeto necesario para el capitalismo: el ser individualista posesivo. El ser para el consumo. Paradójicamente, este ser individualista termina siendo ser-masa,

³ Estulin, D. (2011). El Instituto Tavistock. Ediciones B, Grupo Z. (pp. 11, 16, 19)

Durante la II Guerra Mundial, Tavistock fue el cuartel general de la Oficina de Guerra Psicológica del Ejército británico, que, por medio de lo que disponía la Ejecutiva de Operaciones Especiales, también dictaba la política que habían de seguir las Fuerzas Armadas de EE. UU. en lo referente a la guerra psicológica.

por su condicionamiento social. Los grados de libertad en este condicionamiento dependerán de la consciencia construida, con base en aportes externos internalizados y elementos a estudiar, que permiten espacios de libertad, autonomía y descolonización.

La conducta política (en la que median nuestras opiniones, actitudes, prejuicios, juicios, militancia) es, probablemente, la más importante en el ámbito que estudiamos acá. En ese ámbito, la meta del dominador es lograr la adaptación en conformidad al “mundo tal cual es”. De no funcionar el condicionamiento de su orientación, encontraremos actitudes de rebelión e insurgencia ante las situaciones y procesos de este mundo. Son elementos a estudiar.

Desde el punto de vista de la dominación, habría que definir dos bandos en tensión:

- a. Los emisores globales: poderes fácticos-sistema imperio (moribundo pero destructivo) a través de la Iglesia, los usos y las costumbres, las artes, en la medida en que logran ser impactados y reorientados en función de los intereses del, vamos a llamarlo, *poder mundial*.
- b. Los receptores globales: resto del mundo; con diferentes afectaciones en su percepción/interpretación y, por tanto, diferentes grados de sumisión a los dictados de este *poder mundial*, que intenta organizar al mundo en función del cumplimiento de sus intereses geopolítico-económicos.

Al interior de la gradación de afectaciones, existen diferencias, representaciones de la realidad y aspiraciones de todo tipo, especialmente políticas, que son aquellas a las que vamos a referirnos. Esa diversidad es, de alguna manera, manejada por la *big data*, que encuentra, a través de los algoritmos, dar a cada cual lo que espera, para aceitar la gran máquina.

El informe OTAN, citado por Savin⁴, define:

La guerra cognitiva es una guerra ideológica que busca

⁴ François du Cluzel (2020, como se citó en Savin, 2022). https://www.innovationhub-act.org/sites/default/files/2021-01/20210122_CW%20Final.pdf

erosionar la confianza sobre la que ha sido construida la sociedad (...). La desinformación se aprovecha de las vulnerabilidades cognitivas de sus objetivos, especialmente las ansiedades o creencias que predisponen a sus objetivos a considerar como verdadera toda clase de información falsa.

Todo ello requiere que el agresor posea un vasto conocimiento de las dinámicas sociopolíticas de su enemigo, al igual que saber cuándo y cómo atacar, con tal de explotar las vulnerabilidades de su oponente. (...) El informe también habla de la economía del comportamiento humano, definida como un método de análisis económico aplicado a la comprensión psicológica de nuestro comportamiento y que busca descifrar la razón por la cual se toman ciertas decisiones. Las investigaciones sobre este tema han demostrado que los seres humanos se comportan cada vez más como máquinas. Desde el punto de vista operativo, eso implica un uso masivo y metódico de datos sobre el comportamiento humano y el desarrollo de técnicas que permitan la constante obtención de los mismos [sic]. La enorme cantidad de datos (comportamiento) que generamos, tanto consciente como inconscientemente, permite que los seres humanos sean cada vez más fáciles de manipular. (pp. 81 y 82)

Las grandes empresas que dominan el sector de la economía digital han desarrollado nuevos métodos de recopilación de datos, con tal de obtener información personal que los usuarios no necesariamente desean compartir. Esto ha permitido que los datos repetitivos sean utilizados en la creación de publicidad personalizada. Como el documento muy bien lo dice:

... el origen del capitalismo de la vigilancia se alimenta de este brebaje inédito y lucrativo: excedentes de comportamiento, ciencia de los datos, infraestructura material, poder computacional, sistemas algorítmicos y plataformas automatizadas. (...) Estas nuevas formas de producción han sido implementadas por gigantes occidentales como

Facebook, Google, Amazon, Microsoft y otros, por lo que no es accidental que tales empresas hayan sido criticadas constantemente no solo por el monopolio que ejercen, sino también por utilizar los datos de sus usuarios para manipularlos. Dado que todas ellas cooperan activamente con las agencias de seguridad estadounidenses, se corre el riesgo de que los usuarios a nivel mundial terminen por ser usados como conejillos de Indias. (Savin, 2020, p. 82)

Esas son sus armas: el conocimiento íntimo de sus víctimas simbólicas, mañana víctimas fácticas.

Desde el punto de vista de la liberación, hay que emprender el camino contrario. La construcción de nuevas formas de organización socioeconómica, de nuevas formas de relación, de afectividades, de visiones del mundo requiere de un imaginario que vaya a contrapelo con la domesticación de la que hablamos antes.

Pero la construcción de nuevos imaginarios y de nuevas realidades son procesos solidarios: sin nuevos imaginarios, no hay quien cimente la construcción de nuevas realidades. Sin nuevas realidades, no hay cimientos donde anclar los nuevos imaginarios, para avanzar en su edificación.

Los nuevos medios digitales, a pesar de su condicionamiento por los grandes poderes, ofrecen posibilidades de salir de la *matrix* a través de ella misma, porque coloca en relación a personas entre sí y con miradas encontradas sobre el mundo —a pesar de su condicionamiento por los grandes poderes— pero, con ese espacio de posibilidad de interacciones disfuncionales a la estructura general de poder. Aparte de que la realidad también existe y, a veces, sale a flote.

Un ejemplo: el cierre de las grandes cadenas de televisión RT, Sputnik, tanto a nivel de ondas hertzianas como de autopistas digitales, en estos momentos de conflicto entre Rusia y EUA-OTAN, intentó cerrar toda información que pudiera mostrar (permitir ver) los hechos, las razones, las argumentaciones e interpretaciones para evitar que la opinión pública mundial pudiera, al menos, balancear

la mirada, teniendo la oportunidad de conocer y de confrontar posiciones y realidades.

Pero no solo de red TV y red digital vive la información: la intervención rusa en Ucrania logró extraer informaciones sobre hechos incontrovertibles, y el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas sirvió de caja de resonancia para difundir hacia el mundo denuncias duras (en términos comunicacionales) sobre laboratorios —cuyas implicaciones pican y se extienden— y sobre violaciones a los derechos humanos imposibles de esconder. De allí a las redes, en la medida de lo posible, factible... con la complicidad de millones de ciudadanos del mundo reenviando, tiktokeando; recomponiendo segmentos, análisis, comentarios.

Los golpes (desde dentro, desde fuera, desde su misma conducta) al imperio moribundo que no termina de morir, son brutales. Veremos si logra encontrar formas de recomponerse.

En nuestro país, han sucedido acontecimientos semejantes, en los que no siempre se pudo superar la barrera de desinformaciones y manipulaciones; pero, a veces, se abrieron resquicios, no solo a la mirada, sino a las acciones comunicacionales. La lucha es cuantitativamente desigual; pero hay golpes cualitativos que van horadando las versiones “oficiales”, sembrando, como mínimo, dudas, como máximo, desmentidos, en muchas personas. Muchas, no todas, porque la red que ahoga las verdades de los pueblos aún es grande y fuerte: verbigracia, aun cuando gran parte de la población pudo descubrir, por las acciones comunicativas, la trama oculta del golpe de Estado del 11 de abril de 2002, o el contenido de la supuesta ayuda humanitaria del 23 de febrero de 2019, y de otras mentiras y manipulaciones cotidianas o excepcionales, el develamiento no trasciende demasiado, salvo en círculos bolivarianos o abiertos y dispuestos a escuchar/aceptar otras versiones. Un ejemplo de ello es la difundida en el documental de Ángel Palacios, “Puente Llaguno, claves de una masacre”, que desmonta, una tras otra, las mentiras mediáticas del 11A. Libros,

artículos, otros documentales siguieron, tanto en torno al 11 de abril como a la frustrada invasión desde Cúcuta el 23 de febrero, disputándose las narrativas en larga lucha.

Pero, en parte, por las defensas perceptivas de muchos/as opositores al proceso bolivariano y por la sesgada mediática internacional, la verdad de los hechos permaneció oculta, para gran parte del mundo (y de nuestro país), y quedó incluida la mentira en el enorme dossier de la condena y demonización del proceso bolivariano.

Cluzel, autor del informe a la OTAN (como se citó en Chang⁵, 2022), dice que “a fin de cuentas, el objeto de la guerra se reduce siempre al enfrentamiento de las voluntades humanas y lo que define la victoria es la capacidad de imponer un comportamiento determinado al oponente”. Pienso que ese es el sueño imperial y belicista, valga la redundancia: nuestra victoria, considero, se conforma con su derrota en imponernos el comportamiento que desean de nosotros/as.

La historia ha sido y será, hasta no se sabe cuándo, la historia de la lucha de clases. También es hoy la historia de la lucha de narrativas. En Venezuela, es quizás la lucha más difícil.

La lucha de clases, en su expresión en la consciencia, puede ser oscura hasta no ser detectable, rodeada de nubes ideológicas, de falsa consciencia; o clara, como en momentos privilegiados de la historia en los que sale a la luz, en su crudeza. Momentos y espacios revolucionarios en los que la realidad se aclara en la dinámica de la lucha, que saca a flote lo que suele estar oculto por la ideología, en su sentido de ocultamiento, de falsa consciencia.

Las narrativas fluyen mucho más por la fuerza de los poderes mediáticos, que por el poder de una verdad inasible, acechada, atacada, deformada, manipulada. Es sobre las narrativas que hay

⁵ Chang, R. (2022). El advenimiento de la guerra cognitiva anunciada por la OTAN. ¿Será una nueva amenaza para Venezuela? <https://elsudamericano.wordpress.com/2022/03/24/guerra-cognitiva-por-ricardo-chang/>

que actuar: las narrativas que segregan los imaginarios para imaginar la historia posible.

En Venezuela, la lucha es a muerte, y muchas vidas han caído.

6. El futuro de nuestro proceso pasa por entendernos

En estos momentos, en Venezuela, pasados los años de avances dificultosos pero abundantes en victorias, tanto en lo material como en lo inmaterial, desde la muerte del presidente Chávez, un ataque despiadado (no se pueden pedir peras al olmo), en lo material y en nuestras consciencias, parece haber detenido procesos y retrocedido avances.

Al ataque económico (financiero y comercial), a las amenazas bélicas, a los atentados, el Gobierno y el pueblo han respondido, encontrándonos hoy, quizás, a mitad de camino hacia una economía más sana, pero llena de heridas, sobre todo, en lo inmaterial. Pero las heridas morales, emocionales, intelectuales, están allí: desmoronan apoyos, carcomen esperanzas, alimentan desconfianzas hacia los procesos humanos implicados en la construcción de una sociedad otra.

Las estrategias imperiales de los poderes fácticos responden con agresiones de aniquilación o de debilitamiento, y a veces de desconfiguración y perversión —quizás estas últimas son las peores—. De la aniquilación se reacciona probablemente tarde y, a veces, con otros actores; del debilitamiento, pueden recuperarse los pueblos. Frente a la desconfiguración y la perversión, la salida es compleja.

Son todas estas heridas importantes causadas por aspectos de la guerra cognitiva, que, en cada nación, pero también en cada segmento de la sociedad y, finalmente, en cada individuo, actúa diferencialmente, probando formas y contenidos, y afinando puntería.

Pero en todos los casos, el trabajo con el imaginario, la lucha contra las narrativas aniquiladoras, son parte importante del proceso de recuperación; tanto, como el trabajo en lo fáctico.

7. Las redes y su participación en la guerra cognitiva

Las redes se han convertido en un ágora ciudadana: son, a la vez, espacio privado y público de información y desinformación, de angustia y de desahogo; de soledad, por el aislamiento al que inducen; al tiempo que acercan, paradójicamente, a infinidad de posibilidades comunicativas, a veces, incluso con personas que no existen, al menos con ese nombre y con esas características.

En la *Red*, hay diversos espacios de conocimiento y de confusión; moverse dentro de la Red es moverse en un laberinto con trampas varias, personificadas en los algoritmos de búsqueda, llenos de estrategias dispersivas y de *centramiento* en el ego de quien la recorre. Los *bots* en las redes sociales, la diseminación de falsas informaciones “gratuitas” sin incidencia aparente y directa en nuestras vidas, otras que atentan contra la vida cotidiana y hasta contra la vida: informaciones falsas sobre medicamentos gratuitos o milagrosos, sobreinformación mezclada con falsa información, muchas veces contradictorias entre sí, a veces difícilmente detectables en sus diferencias fundamentales. Estas crean, conjuntamente, confusión, “parálisis cognitiva”, expresada en generalizaciones arbitrarias, abandono del terreno de la lógica y refugio en lugares comunes (heredados de un “sentido común” muchas veces de poca o nula capacidad de análisis de realidades actuales complejas) o en la negación de toda posibilidad y, por ende, de cualquier necesidad de razonar.

Sin embargo, no todo lo que ocurre —ni en lo material ni en lo espiritual— es, exclusivamente, resultado de los ataques imperiales. Estos se combinan con un bagaje cultural, histórico, societal, complejo; con elementos de resistencia, pero también con elementos que pueden abrirle paso a los contenidos y a las formas de pensar que se intentan imponer. Todo ello atravesado por el hecho de las clases sociales, por la historia compartida y diferencial, por las geografías, por los contactos con otras culturas. Cargamos herencias coloniales y neocoloniales, prácticas perversas en el manejo del poder y —por qué negarlo— diversidad de ambiciones y motivaciones personales, en parte, tanto de la militancia, como

de la dirigencia. Esto tiene que ver con problemas de nuestros imaginarios construidos a través de nuestra historia. Son aspectos también importantes a estudiar y parte de la lucha por mantener una direccionalidad en medio de los embates.

Así como la guerra contra nuestro proceso (y, con él, a otros procesos) es multifactorial y de múltiples metodologías, así como muchas heridas son profundas, de similar manera la “terapia” debe tomar en cuenta todos los factores que las han causado, los tamaños y profundidades de las heridas, el estado actual y el pronóstico.

No hay una herida universal, cada quien responde a circunstancias diferentes, a bases psicosociales diferentes, a exposiciones diferentes a los ataques. Para una respuesta efectiva a ataques fácticos a nuestra vida material y a la consciencia desarrollada, o en ciernes, a través del proceso, debemos, definitivamente, conocer el proceso, si bien no de cada persona afectada, de grupos tocados distintamente. Segmentando a la población con base en criterios de conocimiento y basados en todo lo que la psicología ha venido investigando y descubriendo acerca de nuestras fragilidades y fortalezas, de nuestras vulnerabilidades y resistencias, y de las capacidades diferenciadas de la guerra cognitiva para torcer nuestras percepciones, interpretaciones y conductas.

La guerra cognitiva —que busca no solo que miremos y pensemos determinados contenidos, sino cambiar nuestra manera misma de pensar— opera como bomba de racimo. Se basa en estudios e investigaciones sobre la población objetivo: mundial, estatal, de estratos sociales, etcétera. Debe enfrentarse como tratamiento segmentado, curando las heridas que provoca, según como sea el impacto.

Con este ensayo, busco estimular la necesidad de construir un **centro de coordinación de investigaciones de los imaginarios de los venezolanos y las venezolanas**, y de los medios con los que se intentan modelar esos imaginarios, para entender y actuar sobre estos impactos. Pienso en un centro que permita también compartir visiones (con base en la investigación

y como parte de ella) y escudriñar en los imaginarios que nos unen y nos fortalecen.

Este centro recogería, alentaría, apoyaría y coordinaría los trabajos de instituciones de investigación existentes, espacios de estudio y grupos interesados y actuantes en estas investigaciones. Un centro que también estudie las formas de fortalecer nuestras identidades en lo que tienen de liberadoras y creadoras, de consolidar los avances sociales y culturales del proceso bolivariano y de luchar eficazmente contra las trabas que los dificultan.

Podrían aventurarse dos trabas en el camino hacia el buen convivir, hacia el buen gobierno de todos y todas. Por poner dos ejemplos: a) una particular relación con el poder que dificulta una de las características que nuestro proceso político ofrece al mundo: la democracia participativa; b) relacionada con esta, la proclividad de sectores desde posiciones de poder en el sector público y en el privado, de caer en la práctica de la corrupción (desde ambos lados del problema: como corruptor o como corrupto); para nombrar dos de nuestros más graves problemas.

Otros problemas y respuestas a ellos surgirían en el camino. Nos abrirían posibilidades de corregirnos y de profundizar el proceso de transformaciones que deseamos transitar.

Si, como dijera Marx, “los filósofos hasta ahora han intentado comprender al mundo, [cuando] se trata de transformarlo”, hoy más que nunca, el mundo de la noosfera requiere ser comprendido para intentar transformarlo. Y transformar el mundo de lo humano concreto.

Los medios para esa transformación, también deben ser comprendidos.

Ellas/os lo han hecho. Con Tavistock, a través de los centros de operaciones psicológicas de su CIA, como Daniel Estulin (2011) nos señala:

La premisa esencial de la labor de Tavistock es que determinados tipos de instituciones “democráticas” representan un instrumento mucho más eficiente para

la dictadura fascista que los modelos tradicionales, los claramente “autoritarios” (...), las ciencias de la psicología vienen siguiendo la ruta inicialmente dibujada en 1945 por el doctor John Rawlings Rees, gran maestro de la guerra psicológica contra la insurgencia, en su libro *The shaping of psychiatry by war* [La transformación de la psiquiatría a través de la guerra]. Rees pedía que se creasen “tropas de choque”; es decir, grupos de psiquiatras que desarrollaran métodos de control político que empujaran a la mayor parte de la población hacia la psicosis, empleando procedimientos de los llamados programas de modificación de la conducta. Proponía dicha medida para que la población se volviera sumisa al orden económico internacional que seguiría a la Segunda Guerra Mundial. (p. 18)

Nos sigue diciendo Estulin:

Cuando hablamos de guerra psicológica, con frecuencia hablamos de maneras de aterrorizar al enemigo; y para conseguirlo debemos entender la psique del enemigo, lo que le hace amar, odiar, luchar, huir.

Dicho enemigo puede ser extranjero o no, puede tratarse de un ejército de hombres o de una masa enfurecida de trabajadores. Y a fin de encontrar el antídoto eficaz, Tavistock y compañía necesitan entender cómo reaccionará dicho enemigo en situaciones de estrés. ¿Luchará con mayor ahínco o simplemente se rendirá? ¿O se equivocará y le hará ganar la guerra al enemigo, por así decirlo? Los errores más costosos de las operaciones de guerra psicológica siempre son los que se cometen por desconocer la forma de pensar del enemigo. Esto implica que las “tropas de choque” que propone Rees deben tener un profundo conocimiento de la psicología humana, un conocimiento que en sí mismo es una especie de magia negra. (pp. 19 y 20)

Ellos (los poderes fácticos) nos atacan, con ventaja y con alevosía. No han podido aniquilarnos, pero nos han herido.

Debemos investigar nuestras heridas, las armas de ellos, nuestros instrumentos de defensa y también nuestras indefensiones.

Para que, si como dice Adam Curtis, el siglo XX fue el siglo del yo, bien pudiera el siglo XXI ser el siglo del nosotros/as. Mientras, termina de morir el imperio y sus desgracias.

Pero tenemos que vencer y convencer.

En parte, vencernos y convencernos, desterrar nuestra propia colonialidad.

Para ello, conocernos es indispensable. Bien lo decía Sun Tzu (2003):

Si conoces al enemigo y te conoces a ti mismo, no debes temer el resultado de cien batallas. Si te conoces a ti mismo, pero no al enemigo, por cada victoria obtenida también sufrirás una derrota. Si no sabes nada ni del enemigo ni de ti mismo, sucumbirás en todas las batallas. (p. 10)

Ese es un lujo que no nos podemos dar.

Referencias

- Du Cluzel, F. (2020). *Cognitive Warfare*. Innovation Hub. https://www.innovationhub-act.org/sites/default/files/2021-01/20210122_CW%20Final.pdf
- Estulín, D. (2011). *El Instituto Tavistock*. Ediciones B, Grupo Z.
- Savin, L. (2022). Cibergeopolítica y la guerra cognitiva. *Cuadernos de Nuestra América*, 3, 78-86.
- Tzu, S. (2003). *El arte de la guerra*. Biblioteca Virtual Universal.



Revolución Bolivariana, capitalismo hegemónico y redes sociales digitales: las batallas por las subjetividades

Fernando Giuliani¹

Las prácticas constantes del modelo capitalista por imponer su dominio son propias de su “naturaleza” y no se pueden desligar de su marca civilizatoria, a lo largo de su evolución. La historia moderna del mundo occidental así nos lo muestra y así lo hemos vivido en esta parte del mundo, signados por la conquista y colonización del imperio español de ayer y el imperio estadounidense de hoy. Dentro de ese modelo de dominio e imposición, el control de las poblaciones siempre ocupó un lugar de primer orden. Esta práctica ha implicado desde el uso de la fuerza y la coacción hasta estrategias de colonización, a través de la educación, la cultura y otros mecanismos sociales, incluyendo también, cada vez con mayor fuerza y predominio, estrategias comunicacionales. En esto último, siempre han jugado un rol prioritario los medios de comunicación-información, así como hoy también lo juegan las nuevas tecnologías que configuran el ciberespacio y todos los fenómenos y procesos que allí tienen lugar. Se trata de un panorama altamente complejo, en el que confluye una diversidad de perspectivas, necesarias para avanzar en su comprensión; esfuerzos a los que, en Venezuela y en otras latitudes, cada vez se les asigna una mayor importancia.

En el presente trabajo, exponemos un conjunto de consideraciones y características generales en torno al rol que juegan las nuevas tecnologías de la comunicación en el campo del control de las subjetividades de la población por parte del modelo hegemónico, tal como lo ha hecho a lo largo de su historia. No pretendemos profundizar, ni mucho menos agotar, las temáticas que hoy forman parte de los análisis y debates que estos fenómenos

¹ Psicólogo, especializado en Psicología Social Comunitaria. Investigador en la Universidad Central de Venezuela y en el Colectivo de Psicólogos y Psicólogas por el Socialismo. Correo electrónico: fernandogiuliani58@gmail.com.

representan en la actualidad. En todo caso, nos proponemos contribuir a visibilizar parte de estos escenarios, enmarcados a la luz de los procesos históricos de colonización que hoy, bajo los nuevos conceptos de la guerra y la decadencia del mundo unipolar, representan grandes peligros, así como impostergables desafíos que debemos asumir desde el quehacer político, científico y ético.

La colonización y las luchas de ayer y de hoy

Los procesos de conquista y colonización han sido, lamentablemente, parte de la historia de la humanidad. A ello no ha escapado esta región del planeta que hoy representa la América Latina y, por ende, nuestro país. Marcados por la violencia, el arrasamiento y el saqueo de las culturas, los territorios y los recursos, estos procesos son propios de los imperios, frente a los cuales siempre se han erigido las luchas y las voluntades de los pueblos que se niegan a ser sojuzgados y sometidos. En nuestra historia, la llegada de los conquistadores españoles a nuestros territorios está marcada por un violento proceso de ocupación y saqueo, que transcurrió a lo largo de 300 años; período durante el que —por la fuerza y por la imposición de su cultura, sus ideologías y sus leyes— establecieron su dominio y control sobre los pueblos originarios y sobre las generaciones que les sucedieron. Ciertamente, nunca este dominio fue total y absoluto, y jamás dejó este imperio de encontrar resistencias e intentos de liberación, lo que fue finalmente consumado en los procesos de independencia y ruptura del tutelaje en el siglo XIX. Independencia, por cierto, lograda a través de la férrea voluntad de lucha, pero también con altos costos de sangre, vidas humanas e incalculables daños y destrucción. A ello siguió un largo y lento camino para echar las bases de la nueva sociedad, que debía dejar atrás tres siglos de colonización y atraso en todos los ámbitos de la vida social, económica, política y cultural. Así, el comienzo del siglo XX, en Venezuela, mostraba a una incipiente república que, aunque independiente del imperio español, estaba muy lejos de lograr la emancipación que le garantizara autonomía

para avanzar en su propio desarrollo, por lo que, tempranamente, quedó adosada al proyecto capitalista que liderizaban algunos países europeos y que, en esta región, tenían como cabeza fundamental a los Estados Unidos y su temprana vocación imperial. En este marco, se implantó así, en nuestro país, un modelo capitalista que, en el correr del siglo, se consolidó como un capitalismo periférico, dependiente, *subdesarrollado* y signado por el rentismo petrolero (Acosta, 2020; Baptista, 1997; Cendes, 1986; Vilda, 1993, 1995).

Llegadas las últimas décadas del siglo XX, al igual que en el resto de la región, en Venezuela se intentó imponer un modelo neoliberal, cuya filosofía apuntaba a la prevalencia de un capitalismo financiero transnacional, agudizando y radicalizando el escalamiento hacia un modelo civilizatorio depredador y deshumanizante. Como expresión predominante de este modelo, las décadas finales del siglo pasado mostraban una sociedad marcada por altos niveles de pobreza y exclusión, una profunda crisis moral, valores marcadamente individualistas, altos niveles de despolitización, pérdida del sentido de independencia y soberanía, desarraigo de la identidad nacional. Es en ese contexto donde surge el proyecto bolivariano liderizado por el comandante Hugo Chávez, el cual trae como propuesta fundamental la refundación de la patria, así como un marco ideológico sustentado en la construcción del socialismo bolivariano del siglo XXI². Este proyecto bolivariano planteó,

² La crisis generalizada que vivía la sociedad venezolana de finales del siglo XX fue documentada, descrita y caracterizada por diversidad de actores y fuentes que representaban, incluso, distintos y hasta contrapuestos intereses. El consenso generalizado de la época coincidía en reconocer los graves problemas que enfrentaba la sociedad venezolana y que se expresaban en los altos niveles de pobreza y exclusión, altos niveles de endeudamiento, estancamiento y atraso de la economía, altamente dependiente del petróleo, y un clima de permanente conflictividad cotidiana, en el que se habían manifestado también acontecimientos de alta convulsión social, como fue el Caracazo de 1989, así como las dos rebeliones militares ocurridas en 1992. Se apreciaba, además, una profunda pérdida de confianza y credibilidad en las instituciones y en los principales actores sociales. Todo ello indicaba un agotamiento del modelo político, económico y social vigente para la época (Rey, 1991). Pero, más

desde el mismo inicio de su gobierno, una orientación ideológica revolucionaria y opuesta al modelo dominante; ante este proceso subversivo, el poder hegemónico reaccionó de forma inmediata, entablando un ataque permanente contra la Revolución Bolivariana, con el fin de acabar con ella y, posteriormente, retomar su política de colonización para imponer el modelo capitalista.

El control de las subjetividades: una constante de los imperios

Una de las características fundamentales que ha mostrado el capitalismo y sus modelos de dominio imperial deviene de su necesaria vocación por dominar e imponer, lo cual implica siempre y, en primer lugar, el uso de la fuerza y la coacción. Pero, si bien esta es una condición necesaria, no es suficiente, ya que el dominio no puede sostenerse exclusivamente por la fuerza, sino que requiere mecanismos complementarios que aseguren el control y el poder sobre las sociedades y la voluntad de los pueblos. Por ello, todos los procesos de dominio imperial requieren la colonización de las subjetividades de las poblaciones, de forma tal que resulten funcionales a los valores e intereses hegemónicos. Estos esfuerzos por controlar y moldear las formas de pensar, las formas de actuar, las emociones y los sentimientos, las voluntades, los valores, las expectativas y los deseos, las representaciones y los imaginarios sociales, entre otros factores psicosociales y culturales, es siempre un objetivo primordial para las políticas imperiales. No es casual que, muy especialmente en el capitalismo desarrollado a partir del siglo XX, se inviertan en ello ingentes recursos y se utilice todo el conocimiento científico del que disponen. A través de estos

allá de este consenso general, eran también evidentes las diferencias en cuanto a las propuestas para superar la crisis, ante lo cual se planteaba, por un lado, la profundización del modelo neoliberal, proyecto defendido por los sectores de la derecha, representados por las cúpulas empresariales, los partidos políticos tradicionales y otros de filiación a la derecha. Por el otro lado, la propuesta bolivariana encabezada por el comandante Hugo Chávez y el Movimiento V República, junto con el apoyo mayoritario de los sectores populares, así como partidos y movimientos alineados hacia la izquierda.

procesos, pueden lograr mitigar y neutralizar buena parte de las luchas por la resistencia y la liberación; pero, además, pueden llegar a instalar la aceptación acrítica de las relaciones de dominio y de sus valores, a través de legitimaciones profundamente arraigadas en la racionalidad y en la subjetividad de los pueblos colonizados, con las que un alto porcentaje de sus poblaciones termina por subestimar su propia identidad nacional, admirar y hasta idolatrar la cultura y la identidad de la potencia imperial que los coloniza³.

En realidad, no estamos diciendo nada nuevo; estos procesos de colonización siempre han estado presentes en todas las relaciones de dominio que han establecido las potencias y los imperios, a lo largo de la historia. En nuestro caso, eso fue lo que ocurrió durante los tres siglos que duró la colonización por parte del imperio español y continuó a lo largo de todo el siglo XX, bajo la neocolonización impulsada por el imperio estadounidense, en conjunto con la clase dominante que disfrutó del poder político hasta finales del siglo XX. De esta forma, se desarrollaron las condiciones culturales, éticas y psicosociales que tributan a las relaciones de dominio necesarias para el capitalismo impuesto en nuestro país y a través del cual se entregó la soberanía y se dio continuidad a las relaciones coloniales que, adoptando las nuevas formas propias de los tiempos, condicionó,

³ Buena parte de estos temas fueron abordados desde hace ya algún tiempo, desde la psicología, destacando, por ejemplo, los desarrollos pioneros de Frantz Fanon, psiquiatra de Martinica; José Miguel Salazar, Maritza Montero y María del Pilar Quintero, psicólogos de Venezuela; e Ignacio Martín-Baró, psicólogo de El Salvador. Asimismo, existen también muy importantes antecedentes desde las ciencias sociales latinoamericanas, que fueron dándole forma a un profuso desarrollo que ha cobrado, cada vez, más vigor dentro de las corrientes de estudio sobre la colonialidad y la descolonialidad; entre estas las de Aníbal Quijano, Walter Dignolo, Enrique Dussel y Juan José Bautista son referencias obligadas. En la actualidad, estos asuntos se han convertido en centro de atención y acción por parte de diversas disciplinas académicas y también está en las agendas de acción de diversos movimientos sociales, organizaciones del Poder Popular, partidos y organizaciones políticas. Es nuestra intención incluir estas breves consideraciones teniendo en cuenta que, aunque no son el centro de este trabajo, consideramos que las relaciones que guardan con los temas aquí tratados exigen una ineludible mención y su máxima articulación.

a lo largo del siglo pasado, nuestro desarrollo económico, cultural, político y social, en función de los intereses hegemónicos (Acosta, 2020; Britto García, 2017; Quintero, 2014; Sanoja, 1996).

Ahora bien, desde comienzos del siglo XXI, en Venezuela, la lucha por el control de las subjetividades cuenta con una nueva agenda, que no solo implica la “colonización de las mentes” para el proyecto neoliberal global, sino que también, y tal como ya lo hemos anticipado, apunta al derrocamiento de la Revolución Bolivariana; objetivo para el que el imperio estadounidense y sus aliados despliegan acciones económicas, financieras, diplomáticas, militares, geopolíticas y simbólicas, integradas dentro de lo que se concibe como la “guerra no convencional”, “guerra híbrida”, “guerra difusa”, “guerra multiforme”, “guerra total” y otras denominaciones similares⁴. Todos estos conceptos responden a las nuevas tácticas de dominio e imposición imperial, que buscan el derrocamiento y sustitución de gobiernos legítimamente constituidos por gobiernos afines con sus intereses. Pero ya no lo hacen a través de los tradicionales “golpes de Estado”, que conocimos muy bien en toda Latinoamérica durante el siglo XX, sino que promueven y generan condiciones de inestabilidad y alta conflictividad económica, política y social, de manera que la situación interna se torne inmanejable para la población y para los propios gobiernos. Se configuran, así, situaciones caóticas, creadas de forma artificial, que sirven de escenario para la sustitución del

⁴ La diversidad de términos que aluden a estos tipos de guerra refleja la complejidad, el dinamismo e incluso el carácter novedoso de estos tipos de guerra, que difieren de la guerra tradicional o convencional. En el presente trabajo, asumiremos el término *guerra no convencional*, debido, simplemente, a que ha sido el más utilizado hasta ahora y refleja, con bastante claridad, la idea central del concepto. No obstante, asumimos que el desarrollo de estos temas está en permanente actualización y reelaboración. Por esa razón, existe una diversidad de autores y obras que abordan estos temas desde diferentes aproximaciones y perspectivas. En aras de focalizarnos en nuestra propia realidad, sugerimos tres referencias de autores/as venezolanos/as que han contribuido a la comprensión de estas nuevas estrategias de guerra: Sangronis y Angiolillo (2020), Bouciri y otros (2021) y Curcio (2018).

gobierno de turno, justificadas y legitimadas, incluso por amplios sectores de la población, que son llevados al límite del sufrimiento y la desesperación.

Entre estas tácticas de guerra no convencional, tiene un papel fundamental la guerra psicológica, la cual consiste en desarrollar un conjunto sistemático y planificado de acciones destinadas a operar sobre las condiciones psicosociales de una población, mediante la promoción de estados de ánimo, emocionalidades, racionalidades, pensamientos y sentimientos aversivos y difíciles de sostener en el tiempo. Así, por ejemplo, se estimula la incertidumbre, la ansiedad, la angustia, la desconfianza, el temor, la ira e incluso el odio. Junto con todo ello, se abona el desprestigio, la descalificación y la satanización del gobierno vigente y su proyecto político, al posicionarlo como la única y principal causa de todos los problemas que enfrenta la población, al tiempo que también se le tipifica como un gobierno dictatorial, violador de los derechos humanos, corrupto e ineficiente⁵.

Esta breve síntesis que intentamos describir acerca de los mecanismos de guerra no convencional, especialmente en lo que se refiere a la guerra psicológica, debe entenderse en toda su complejidad ya que, de hecho, se trata de acciones altamente sistematizadas e implementadas bajo poderosos mecanismos multidimensionales.

⁵ Antecedentes de estas tácticas de la guerra psicológica, pueden identificarse claramente en la obra de Gene Sharp, *De la dictadura a la democracia*. Las bases de esta propuesta se han utilizado en diferentes países bajo lo que se conoce como “golpe blando” o “golpe continuado”, y su implementación en Venezuela ha sido evidente, al punto que fue tempranamente denunciado y alertado por el mismo comandante Chávez, mientras estuvo en el ejercicio de la presidencia. Luego de su partida, estas estrategias se radicalizaron, alcanzando su punto más intenso entre 2014 y 2017; período en que la guerra psicológica se combinó en grados extremos con acciones violentas, así como con el conjunto de medidas coercitivas unilaterales ejecutadas por los Estados Unidos y sus aliados. En todas estas estrategias, tanto los medios de comunicación tradicionales como las nuevas tecnologías, jugaron un papel de primer orden. Al respecto, se sugiere también consultar la obra *Crimen de agresión internacional contra Venezuela*, así como los informes de la Comisión para la Verdad, la Justicia, la Paz y la Tranquilidad, creada en 2017, con el fin de esclarecer los hechos acaecidos durante ese año.

En tal sentido, los centros de poder imperial que implementan este tipo de guerras cuentan con el control del sistema financiero, económico y comercial del mundo; al igual que pueden controlar buena parte de los organismos multilaterales e internacionales y disponen de un enorme poder militar y tecnológico. Pero, además, y este es uno de los puntos sobre el cual nos queremos enfocar, disponen del poder y control sobre los medios de comunicación masivos tradicionales, que dominan la creación y la difusión de la información a nivel planetario, a la vez que ejercen un control casi total sobre las plataformas tecnológicas de las cuales depende todo el universo de las redes sociales digitales⁶.

El papel histórico de los medios de comunicación

Los grandes medios de comunicación masiva —como la prensa escrita, la radio, la televisión y el cine— siempre jugaron un papel determinante como agentes de manipulación de la información a favor de los intereses del modelo hegemónico. Tampoco estamos diciendo nada novedoso, cuando señalamos que estos medios siempre han contemplado, entre sus objetivos, influir y orientar a la opinión pública en función de promover valores funcionales al capitalismo; del mismo modo, también han buscado contribuir a desacreditar y atacar propuestas y proyectos alternativos, especialmente aquellos que provienen de la esfera política de la izquierda y el socialismo revolucionario. De forma muy marcada, a lo largo del siglo XX, lograron posicionarse en la confianza y en

⁶ En este sentido, cobra especial relevancia hacer mención al concepto de *guerra cognitiva* que ha surgido recientemente como una táctica de guerra y de dominio reconocida por la propia OTAN y que plantea, directamente, la lucha por el control de las mentes como un objetivo de los nuevos tipos de guerra y dominio. Al respecto, recomendamos consultar los trabajos del psicólogo clínico Roger Garcés y del psicólogo social Ricardo Chang, ambos referenciados en este texto, quienes hacen un importante análisis sobre este tipo de guerras y sus aplicaciones, tanto en el ámbito internacional como en el contexto venezolano. De forma muy especial, ambos autores analizan el rol que tienen en todo ello las nuevas tecnologías y las redes sociales digitales.

la estima de buena parte de la población venezolana, lo cual les permitió convertirse en fuente de alta credibilidad con un gran poder de penetración. De esta forma, enteramente entregadas a los intereses de la agenda del capitalismo del momento y contribuyendo a la implantación de los valores neoliberales —que pontifican, en forma permanente, la prevalencia del mercado y la libre competencia—, a finales del siglo pasado, arribaron las privatizaciones y la necesidad de reducir el Estado a su mínima expresión. Asimismo, alinearon sus esfuerzos para desacreditar a los partidos políticos tradicionales de la época, los cuales, aunque ciertamente se habían desdibujado y descompuesto gravemente, ya no les eran funcionales a los intereses de las élites económicas, enfocadas, en ese tiempo, en tomar directamente el poder político a través de nuevas organizaciones políticas, marcadamente orientadas hacia la derecha y en concordancia con el modelo neoliberal. Vale agregar también que tales medios, especialmente la televisión y el cine, fueron actores clave en la promoción de la “cultura del espectáculo” y la “industria del entretenimiento”, mecanismos que contribuyeron a la despolitización de la sociedad y a aumentar el dominio y el control social por parte de los poderes fácticos.

Por otra parte, tampoco era una casualidad que los grandes medios de comunicación de Venezuela, estuvieran en manos de los mismos grupos económicos pertenecientes a la oligarquía criolla, asociada, históricamente, con los intereses del dominio imperial. Era entonces de esperar que, como ocurrió, ante el surgimiento del movimiento bolivariano que llevaría al poder a Hugo Chávez en las elecciones de 1998, estos grupos utilizaran todo el poder mediático y de influencia que habían acumulado para emplearlo en una confrontación, que los llevó a convertirlos, directamente y sin maquillaje alguno, en actores políticos de primer orden. Estos acontecimientos fueron un claro ejemplo, además, de los nuevos mecanismos que ya se ensayaban bajo las estrategias de la guerra no convencional y,

así, pudimos ver cómo estos medios, junto con otros actores, orquestaron un golpe de Estado contra el entonces presidente Chávez, el cual fue considerado como el primer “golpe mediático” de nuestra historia⁷.

En todo caso, queremos insistir en destacar el ya largamente aceptado rol que los medios, agrupados, en realidad, bajo poderosos conglomerados de la comunicación, siempre han tenido y mantienen en la actualidad, en cuanto a su poder de influencia y manipulación sobre las mentes y las subjetividades de las personas. En ese sentido, no cabe ninguna duda acerca de los profundos impactos que han generado no solamente en Venezuela, sino también en el plano internacional, donde han logrado posicionar

⁷ Los escenarios que antecedieron y dieron lugar, propiamente, al golpe de Estado que desalojó del poder al entonces presidente constitucional Hugo Chávez, por 47 horas, y los hechos posteriores, forman parte determinante de nuestra historia contemporánea. Todo ello permitió conocer y comprender el entramado de intereses, actores y poderes que los protagonizaron, muy especialmente en lo que se refiere al papel jugado por los medios de comunicación. Existe, sobre el tema, una gran cantidad de investigaciones, testimonios y documentos que aportan abundante información e insumos para el análisis.

Al respecto, nos permitimos sugerir las siguientes referencias:

- Britto García, L. (2008). *Dictadura mediática en Venezuela: investigación de unos medios por encima de toda sospecha*. Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información.
- Rosas, A. (2022). *La noche de los generales*. El Perro y la Rana.
- Sotillo, J. y Maita, R. (2017). *Los documentos del golpe*. El Perro y la Rana.
- Villegas, E. (2012). *Abril golpe adentro*. Fundarte.
- Kim Bartley, K. y O'Briain, D. (directores). (2003). *La Revolución no será transmitida* [documental]. Coproducción Irlanda-Reino Unido-Países Bajos (Holanda)-Estados Unidos-Alemania-Finlandia; NPS Televisie, Bord Scannán Na Héireann, BBC, CoBo Fonds, Radio Telefís Éireann (RTE), ZDF, Arte, YLE/SARI Volanen.
- Palacios, A. (director [2004]). *Puente Llaguno, claves de una masacre* [documental]. Producciones Panafilms.
- Viloria, E. (director [2002]). *Abril, los medios de la guerra* [documental]. La Villa del Cine.

la imagen predominante de un país oprimido por una dictadura corrupta y violadora de los derechos humanos, cuya población vive en condiciones de extremo atraso y miseria.

Ahora bien, es conveniente agregar que el impacto de este trabajo, realizado de forma persistente y consistente por los medios, a lo largo de los años, se integra en los imaginarios y en las representaciones sociales, las cuales son estructuras psicosociales a través de las que se produce y reproduce el sentido común, materia prima fundamental para la interacción humana, así como para la organización del pensamiento, la emocionalidad y las prácticas de las personas. Los componentes de estas representaciones —dicho de modo general— aluden a la organización de la información y de las imágenes que “guardamos” en nuestra psique, así como a las actitudes que orientan nuestra predisposición emocional y afectiva a favor o en contra de determinados objetos sociales, hechos, acontecimientos, personas o cualquier otro aspecto relevante de la vida social⁸.

Obviamente, todo ese fondo de representaciones que se ha venido configurando, de generación tras generación, a lo largo de

⁸ La teoría de las representaciones sociales, creada originalmente por el psicólogo social francés Serge Moscovici, describe y explica la forma como, a través de las interacciones sociales y la comunicación, se crea y recrea el sentido común, al mismo tiempo que se estructura la subjetividad de cada persona. De esta forma, las representaciones sociales son, simultáneamente, una estructura y un proceso, cuyos contenidos, aunque adquieren un cierto nivel de estabilidad, siempre están en un permanente proceso de actualización e intercambio dinámico, lo cual ofrece amplias posibilidades de ser influenciado, muy especialmente por los medios de comunicación masivos. Este modelo teórico ha mantenido un permanente desarrollo dentro de la psicología social, que permite comprender las vinculaciones que tienen los procesos comunicacionales con las representaciones sociales y con otros procesos psicosociales, como la ideología y el desarrollo del pensamiento “acrítico” o “pensamiento mecánico”. Las explicaciones de estos componentes teóricos requieren, obviamente, un espacio y un tratamiento, cuya extensión no es abarcable en este trabajo. Sin embargo, al hacer mención a ellos, queremos hacer notar la pertinencia de la psicología social, así como otras ramas de la psicología y otras ciencias sociales, en el marco de los estudios de los procesos comunicacionales, fundamentalmente en el plano de la manipulación de las subjetividades.

la historia, ha sido moldeado en función de los principales valores y creencias del modelo capitalista hegemónico. De esta forma, podríamos decir que buena parte de las representaciones sociales en torno a Venezuela, la Revolución Bolivariana y otros aspectos conexos, encaja con un fondo ideológico y actitudinal que se ha implantado, históricamente, en la población y que la predispone, subjetivamente hablando, a “creer” y aceptar determinados tipos de contenidos e informaciones que sustentan y legitiman las versiones de la realidad, que coinciden con los intereses hegemónicos.

En ese sentido, podemos decir que, buena parte de las realidades que se construyen desde las redes sociales digitales, encajan con condiciones que podremos llamar determinantes de una suerte de “preverdad”, que contribuye a evitar dudas y a inhibir mecanismos de comprobación, ya que es suficiente con que estas realidades sean “posibles” en la subjetividad de las personas. En ese contexto, el sujeto saturado de información y, al mismo tiempo, también predispuesto a creer y a interactuar en el mundo virtual, apoyado en la certeza de sus premisas, se convierte en el aliado perfecto para crear y recrear estas realidades. En ese sentido, es fácil posicionar, por ejemplo, la idea que el presidente Vladimir Putin es una suerte de “Hitler moderno”; que Rusia es un país hostil que invade a sus vecinos; que Nicolás Maduro es un “narcodictador”, como también lo es el presidente de Nicaragua, Daniel Ortega. Esto tampoco es novedoso ya que, de igual manera, se hizo con Fidel Castro y la Revolución cubana, en tiempos cuando no había internet ni redes sociales digitales; pero se disponía de poderosos medios de comunicación, a través de cuyas plataformas, igualmente, se manipulaba la subjetividad de las poblaciones. Las diferencias, en todo caso, están en la inmensa gama de posibilidades que tienen estas nuevas tecnologías para incidir en las subjetividades de la gente, si las comparamos con los medios tradicionales.

Las nuevas tecnologías y las redes sociales digitales: nuevas posibilidades para la misma misión

El surgimiento y el desarrollo de las nuevas tecnologías que sirven de base al mundo de internet, así como a las redes sociales digitales, ha sido tan profuso y avasallante que resulta imposible intentar, siquiera, una descripción general. Bastará con decir que el mundo de vida de hoy, en la tercera década del siglo XXI, no se puede concebir ni comprender, ni explicar, sin considerar la presencia de los fenómenos que representan estas nuevas tecnologías y el uso que se hace de ellas. Buena parte de las transacciones, relaciones e interacciones humanas transcurren a través de estas modalidades, las cuales trascienden el rol de meros canales de comunicación para convertirse, prácticamente, en una suerte de prolongación de las personas, casi a modo de dispositivo sensorial y como espacio de creación y recreación de las relaciones humanas. En efecto, el tipo de uso que hacen las personas de estas tecnologías, las implica en hábitos de interacción profundamente arraigados en la vida cotidiana, sin los cuales ya no sería concebible la vida social de gran parte de la población. A través de estas interacciones, no solamente las personas se “informan”, sino que también trabajan, estudian, investigan, exploran, realizan trámites, asisten a reuniones y eventos, comparten e interactúan en torno a diversidad de asuntos, al mismo tiempo que configuran y construyen identidades, sentidos de pertenencia y arraigo, así como nuevos modos de pensar, sentir y relacionarse. Dicho de otro modo, la vida cotidiana y el sentido existencial se nutren, necesariamente, de la interacción que transcurre, tanto en el mundo de las relaciones “cara a cara”, así como también en el ciberespacio, al cual las personas se han incorporado y del cual ya no parece posible separarse.

Asimismo, no cabe ninguna duda de que estas tecnologías tienen un enorme poder para estimular la imaginación, la creatividad, la curiosidad y gran parte del inmenso potencial cognitivo, afectivo y psicosocial de los seres humanos, ya que son infinitas las posibilidades que ofrecen para el acceso al conocimiento, a la información y a todo

tipo de contacto y experiencias con el quehacer humano acumulado en la historia, hasta el presente. Pero, de igual manera y como era previsible, también son utilizadas para profundizar mucho más aún el control de las subjetividades y de muchos otros aspectos de las poblaciones, llegando a niveles inimaginables de manipulación y vigilancia, tal como lo describe muy bien Ramonet (2022).

El poder de difundir contenidos y construir “realidades”

Una de las principales características de las redes sociales digitales tiene que ver con las posibilidades que ofrecen para difundir todo tipo de contenidos, en tiempo prácticamente real, a casi cualquier parte del planeta. Esto permite propulsar la difusión y reproducción de contenidos a unos niveles nunca antes alcanzados, con lo cual se ha aumentado la masa de información que circula y con la que interactuamos a diario, desbordando, por completo, nuestra capacidad de asimilación. Esta dinámica también permite alcanzar una suerte de “saturación” en las personas, que se ven imposibilitadas de procesar y asimilar tal masa de información, generándose, así, un estado de cierto “aturdimiento” que socava las capacidades de análisis y reflexión crítica de las personas, abriendo brechas de alta vulnerabilidad ante la manipulación (Garcés, en prensa).

Asimismo, el tipo de contenidos que es posible difundir, crear y recrear por las redes, muy especialmente los de tipo audiovisual, llegan con una contundente carga de “realismo”, del mismo modo en que lo logró hacer la televisión, pero, ahora, multiplicado de forma exponencial. De este modo, se conforma un escenario en el cual las personas no necesitan imaginar la realidad ni representársela, sino que la realidad virtual adquiere el carácter de realidad objetiva y compite con ella casi hasta sustituirla. El bombardeo incesante de contenidos, los convierte en hechos y acontecimientos que vienen ya elaborados, con sus respectivas interpretaciones y narrativas, y así se integran en la psique de las personas bajo la versión creada y recreada por las redes.

La falsa sensación de libertad y autonomía

Otro elemento distintivo de las redes sociales digitales es el tipo de interacción que se establece entre quienes participan de ellas. A diferencia de los medios tradicionales, estas redes permiten y estimulan una interacción constante, que dista mucho del carácter pasivo del lector de la prensa, el oyente de la radio o el espectador de la televisión y el cine. Ahora bien, este rasgo, claramente diferenciado del papel pasivo que marcaban los medios tradicionales, debe analizarse con cuidado. Por un lado, debemos reconocer que, en las redes sociales digitales, se crea una cierta sensación de libertad y autonomía, del mismo modo que se puede experimentar cierta “igualdad” entre quienes transitan por ellas; por cuanto pueden interactuar con infinidad de usuarios/as (además de las personas que forman parte de la vida cotidiana, pueden incluirse hasta figuras públicas de la política, el deporte, las ciencias, instituciones y líderes). Pero, en realidad, el margen con el cual pueden interactuar, en muchos casos, es bastante limitado y se remite, casi siempre, a expresar aquello que “me gusta” o “no me gusta”, o, bien, adherirse como “seguidores” y otras modalidades similares.

Por otro lado, se supone que las redes sociales digitales también ofrecen la posibilidad de interactuar con diversidad casi infinita de personas y grupos en, prácticamente, todo el planeta. Pero lo cierto es que, por lo general, las personas terminan por compartir, casi siempre, con aquellas personas y grupos que son muy semejantes en sus opiniones, puntos de vista e intereses. Se trata de una paradoja que, lejos de enriquecer la diversidad de las relaciones, tales redes terminan por cerrar esa posibilidad y concentrar a las personas en “grupos”, “sectores” o “segmentos” conformados por personas que resultan ser muy similares.

Adicionalmente a todo ello, es imposible desconocer los mecanismos de implacable y descarada censura que se ejerce en esta realidad virtual de internet y las redes. En efecto, es notorio cómo las grandes corporaciones propietarias y administradoras de las redes sociales digitales intervienen constantemente en este mundo

virtual, especialmente operando sobre la autonomía de los usuarios y sus cuentas. En tal sentido, utilizan su poder para restringir y “sancionar” cuentas, así como para bloquear contenidos, según convenga a sus intereses económicos, comerciales, políticos o de cualquier otra índole. A este ejercicio de censura no escapa nadie, al punto que han aplicado restricciones y sanciones a instituciones, empresas y hasta a presidentes y gobernantes de países.

Finalmente, queremos destacar otros factores que se presentan como poderosos instrumentos y mecanismos de control que, obviamente, contradicen la pretendida libertad en las redes. Uno de estos factores es lo que se conoce como *big data* o inteligencia de datos. Este ha sido posible gracias, justamente, a la potencia de estas tecnologías para capturar, almacenar y estructurar inmensos volúmenes de información en tiempo real, la cual es producida por la interacción de las personas. En efecto, el tránsito permanente de las personas por internet y por las redes sociales digitales genera abundantes “huellas” que son captadas para la elaboración de perfiles altamente sofisticados que permiten una permanente y precisa segmentación de las personas, los grupos, los sectores y las sociedades enteras. A su vez, estos perfiles, a través del uso de algoritmos y dispositivos de inteligencia artificial, son capaces de realizar infinitas operaciones y combinaciones, identificar temas, deseos, intereses, expectativas y asuntos de atención de cada segmento, lo que se convierte en un conocimiento detallado de la subjetividad de las personas, que tributa a un sistema de “vigilancia y control” que dispone de información permanente y siempre actualizada, de millones de personas en el mundo entero⁹.

Al examinar este sistema, vemos cómo este asunto de la libertad con la que se pretende investir al mundo de internet y de las redes es, en realidad, una apariencia ilusoria, pero que pareciera asumirse y hasta defenderse, por parte de las personas, como si

⁹ Estos conceptos de vigilancia y control por parte de las nuevas tecnologías de comunicación, están ampliamente desarrollados en la obra de Ignacio Ramonet, editada por el Minci, *El imperio de la vigilancia*.

fuera el ejercicio real de un derecho. Esto resulta muy peligroso, en la medida que las personas pueden ser fácilmente inducidas a participar activamente en la creación y en la difusión de contenidos orientados bajo la lógica de la guerra no convencional, estrategias comerciales, de mercadeo o de cualquier otro tipo, sin que se tenga mayor conciencia de tales intereses y, peor aún, bajo una pretensión de libertad y autonomía. Todo ello contribuye, además, a ocultar y a invisibilizar el poder discrecional de los poderes fácticos que gobiernan estas tecnologías y también a obstaculizar la regulación que debe neutralizar la censura, así como el uso de la segmentación de la población como un poderoso factor de control y dominio.

La despolitización y la banalización: un horizonte a la medida de las redes

El final de la historia, de las ideologías y de las utopías fue una de las consignas que acompañó la emergencia del nuevo capitalismo financiero y globalizado, que comenzó a surgir, a partir de las últimas dos décadas del siglo XX, muy especialmente luego de la disolución de la Unión Soviética. El mundo unipolar globalizado era impuesto como una suerte de “evolución inevitable” hacia un modelo único regido por el capitalismo y el cual se intentaba legitimar como un horizonte, hacia donde el planeta entero debía encaminarse. De allí surgieron diversidad de discursos y estrategias orientadas, por un lado, a desprestigiar y descalificar todo lo referido a la política, los partidos, las luchas y las ideologías, en un coro que tributaba a los valores neoliberales orientados a reducir el papel del Estado, priorizar el protagonismo del mercado y de la empresa privada, como los actores fundamentales para organizar la sociedad y asumir el poder político, y para alejar a las personas de los espacios de participación política. De igual forma, esta época también fue marcada por la profundización de los valores propios de este modelo, entre los cuales destaca la banalización, como una marca característica de la racionalidad y de la afectividad de las personas, que conduce el sentido existencial de las poblaciones, en el marco casi exclusivo del consumo y el mercado.

De esta forma, la despolitización y la banalización pasaron a formar parte de este modelo civilizatorio; en todo esto siempre jugaron un rol fundamental los medios de comunicación masivos y en el que hoy juegan un papel de primer orden las nuevas tecnologías, particularmente las redes sociales digitales.

En efecto, buena parte de las características que presentan las redes resultan altamente efectivas para cumplir con estas estrategias. De hecho, son instrumentos que han contribuido, con gran potencia y efectividad, a la despolitización, especialmente para invisibilizar, opacar y ocultar el fondo de buena parte de los conflictos y contradicciones que plantea el modelo hegemónico. La rapidez, el inmediatez, la brevedad con que se elaboran y circulan los contenidos, al igual que los discursos y las propuestas estéticas que acompañan los formatos que se difunden, tributan a la banalización de muchos de los asuntos que se abordan y se tratan a través de las redes y esto resulta altamente funcional para la despolitización. Ya los medios tradicionales y la industria del entretenimiento, que también operan desde hace mucho tiempo en el ciberespacio, habían avanzado en esa dirección, de modo que para las últimas generaciones, la violencia, el poder, la guerra o las catástrofes bien pueden ser aparejadas a un juego, a una competencia o a un espectáculo, donde se ofrecen y exponen, en igualdad de condiciones, una guerra y un concurso de belleza, una hambruna que devasta vidas humanas y un concurso de cocina, un linchamiento y un acto cultural por la paz, una manifestación pública que enfrenta la represión y los miembros de una familia agredidos mutuamente en un programa de televisión. Todo ello mostrado siempre en clave de espectáculo y entretenimiento, para estimular las sensaciones y emociones más elementales y apartar el análisis y la reflexión crítica¹⁰.

¹⁰ Estas características, en buena medida, encajan con lo que el filósofo Byun-Chul ha denominado como “percepción serial”. Tal tipo de percepción es aquella que se construye de modo similar a cómo transcurren los juegos de video, en una sucesión indetenible, imposible de asimilar, más allá de la más elemental superficialidad. A todo ello se refiere Garcés (en prensa) en su análisis sobre el papel de las redes en la guerra cognitiva.

Esto permite, además, que desde el propio modelo hegemónico se promuevan temas altamente complejos y potencialmente conflictivos, pero bajo formatos intencionalmente superficiales, triviales y banales que los despojan de sus bases ideológicas, políticas y estructurales. Así, por ejemplo, proliferan en las redes contenidos que asumen “consignas” y “banderas de lucha” referidas a causas políticamente correctas y socialmente deseables, como la crisis climática, la igualdad de género, la discriminación étnica y racial; pero tratados como una mercancía o un simple valor de posicionamiento para una empresa, un medio de comunicación o una figura famosa del espectáculo o el deporte. Estos mecanismos resultan extremadamente peligrosos, ya que disminuyen las posibilidades de reconocer los conflictos reales que son producto de profundas injusticias derivadas del propio modelo, sofocando y neutralizando, así, las posibilidades de resistencia y transformación, las cuales siempre fueron un horizonte de lucha por la liberación y por la conformación de un mundo diferente. De esta manera, para buena parte de la población, carece de sentido plantearse opciones de participación política y, mucho menos, de transformación y liberación.

Nuestros retos y desafíos

Es mucho lo que tenemos por hacer, de cara al asunto de las redes sociales digitales y a todos los fenómenos y factores asociados, sobre todo en relación con el potencial de control e injerencia que pueden tener sobre las poblaciones. En tal sentido, es necesario reconocer que, en Venezuela, el tema ha sido tempranamente abordado y el análisis crítico de estos asuntos hace ya tiempo que está en la agenda de investigadores y centros de estudio, así como también está en el foco de atención y acción de diversidad de actores y movimientos sociales, organizaciones del Poder Popular, equipos institucionales, partidos políticos y, en general, por parte

de todas las organizaciones revolucionarias¹¹. Ahora bien, sobre la base de todo lo avanzado, es necesario seguir planteándonos y proponiéndonos los retos y desafíos que necesitamos, sin caer en lugares comunes que nos conduzcan a “satanizar” estas tecnologías ni tampoco a subestimarlas.

En ese orden de ideas, consideramos que, por un lado, debemos enfatizar en la necesidad de circunscribir buena parte de nuestra comprensión sobre estos fenómenos, en el marco de la guerra no convencional que se libra contra nuestra patria, del mismo modo que también la aplican contra otros países hermanos. Estamos obligados a enfrentar esta guerra y esto requiere estudiar y mantener un seguimiento permanente de las estrategias que utiliza el imperio y, en este caso, muy especialmente en lo que tiene que ver con el uso de estas tecnologías, en el ámbito de la guerra psicológica y sus nuevas variantes, como la guerra cognitiva. Al respecto, vale la pena destacar cómo, por ejemplo, estas nuevas estrategias ya no solamente logran intervenir en los contenidos específicos que se “instalan” en las mentes individuales y en las representaciones sociales, sino cómo logran modificar elementos funcionales relacionados con las formas de percibir, razonar y elaborar las ideas, los pensamientos y la afectividad. En tal sentido, los planteamientos de los autores ya referidos, Chang (2022) y Garcés (en prensa), alertan sobre la necesidad de profundizar sobre lo que se denomina la “ciberpsicología”, con el fin de conocer y explicar fenómenos y

¹¹ Una buena muestra de los avances que sobre estos temas se han venido desarrollando, en Venezuela, fue la realización reciente de dos foros, en cuyo desarrollo una diversidad de ponentes compartió puntos de vista y propuestas en torno a los problemas actuales de la comunicación y las redes sociales digitales, en el marco del capitalismo hegemónico actual y, muy especialmente, en el marco de la guerra no convencional que se aplica contra Venezuela y contra el proceso revolucionario bolivariano. El primero de estos foros se denominó “El colapso del capitalismo y las redes sociales digitales. ¿Lo dejamos en visto?”, realizado el 31 de marzo del presente año, bajo el auspicio del Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología. Este espacio de reflexión dio lugar a esta publicación. El otro fue el “Foro de Comunicación 3R.nets”, realizado por el Ministerio del Poder Popular para Comunicación e Información, el 1 de abril de este mismo año.

efectos psicosociales producidos en el ciberespacio, sobre los cuales aún es mucho lo que desconocemos. Igualmente, debemos diseñar acciones para enfrentar y neutralizar las estrategias de guerra, ocupando espacios en las redes para contratacar y desarrollar iniciativas de ofensiva. Todo ello es necesario hacerlo mediante la integración de todos los actores posibles, tanto dentro de nuestro territorio como fuera de este, y la articulación de esfuerzos y alianzas para enfrentar una guerra que utiliza estrategias híbridas y que no puede ser enfrentada sino de forma compleja e integral.

Por otra parte, debemos seguir insistiendo en la formación y el fortalecimiento de la conciencia crítica, como instrumentos fundamentales para continuar avanzando en nuestros históricos procesos de descolonización, así como en la construcción de nuestro socialismo bolivariano del siglo XXI. Ese es nuestro horizonte, el cual no alcanzaremos sin el desarrollo de una profunda y arraigada conciencia histórica y crítica de la población. Se trata de radicalizar los procesos de politización que contribuyan a aportar criterios para interpretar y analizar la realidad, clarificando los conflictos históricos que develen las causas estructurales de un modelo deshumanizante y depredador, del que es necesario liberarnos para construir nuestro modelo alternativo. Con ello, estaremos también confrontando los efectos ya mencionados de la despoltización y de la banalización, propias del modelo hegemónico, instauradas de la mano con los medios de comunicación y las redes sociales digitales.

Asimismo, es clave continuar persistiendo en la acción política en el territorio, espacio privilegiado para la construcción y el fortalecimiento de la comunidad. Ese fue siempre uno de los pilares de nuestra propuesta revolucionaria y hoy debemos insistir en ello. Es allí, en ese ámbito, donde la interacción humana “cara a cara” cobra su más alto nivel de importancia y realización, donde deben materializarse nuestras políticas públicas y nuestras acciones. La construcción de la comuna —como expresión de un modo de vida, enmarcado en el buen vivir y sustentado en la participación protagónica— es y debe ser la base fundamental de nuestro proceso

revolucionario. Este proceso también se convierte en un poderoso medio para enfrentar las estrategias de la guerra y buena parte de los procesos de colonización y control que se producen a través de estas nuevas tecnologías.

Finalmente, queremos referirnos al asunto ético como una constante que debe estar presente en todas las acciones y estrategias que implementemos, en este escenario. Es bien sabido que los mecanismos de colonización, injerencia imperial y todas las modalidades que apuntan al dominio y a la imposición transgreden las más elementales normas jurídicas, éticas y políticas. Es una cualidad propia de estos actores violentar e irrespetar todo marco de derechos, con el fin de preservar y mantener siempre vigente su dominio, a favor de sus intereses, y sostener, además, una práctica marcada por la mentira, la hipocresía y el cinismo. En tal sentido, es imprescindible asumir la tarea de desvelar, en forma persistente y sistemática, esta cualidad antiética que caracteriza a este modelo de dominio e imposición —abiertamente transgresor de los derechos y negador de los principios éticos y humanísticos—, a través de la denuncia y la visibilización de sus mentiras, sus hipocresías, sus contradicciones y su proceder. Simultáneamente, es también necesario radicalizar y hacer, cada vez, más visible la ética sobre la cual se apoya nuestro modelo, así como nuestro compromiso con una práctica y un modo de hacer política, diametralmente opuesto al suyo. Es fundamental diseñar y ejecutar estrategias integrales que apunten a una permanente e intensiva confrontación ética y política, en una verdadera batalla por la verdad; buena parte de ella debe ser, necesariamente, en el plano de la interacción y la comunicación, desde los medios tradicionales y las redes sociales digitales.

Referencias

- Acosta, V. (2020). *Salir de la colonia*. Editorial Galac.
- Baptista, A. (1997). *Teoría económica del capitalismo rentístico*. IESA.
- Boueiri, S. (2021). Las medidas coercitivas unilaterales (sanciones) en el devenir histórico venezolano. En Ruptura (ed.), *Grupo de análisis y creación para la transformación social/Institut Sobiranes, momentos pospandemia, nuevos poderes, nuevas resistencias* (pp. 201-227). Ediciones Ruptura.
- Britto García, L. (2008). *Dictadura mediática en Venezuela: investigación de unos medios por encima de toda sospecha*. Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información.
- Britto García, L. (2017). *El verdadero venezolano. Mapa de la identidad nacional*. Fondo Editorial Fundarte.
- Centro de Estudios del Desarrollo (1986). *Formación histórico social de Venezuela*. Universidad Central de Venezuela.
- Chang, R. (s. f.). El advenimiento de la guerra cognitiva anunciada por la Otan. ¿Será una nueva amenaza para Venezuela? *Revista Pueblo en Armas*. <https://puebloenarmas.com/el-advenimiento-de-la-guerra-cognitiva-anunciada-por-la-otan-sera-una-nueva-amenaza-para-venezuela-i/>
- Clasco (2017). *Leer a Fanon, medio siglo después*. Clasco.
- Curcio, P. (2018). *Hiperinflación. Arma imperial*. Editorial Nosotros Mismos.
- Garcés, R. (en prensa). *Notas para el estudio de la guerra cognitiva*. Caracas.
- Martín-Baró, I. (1998). *Psicología de la liberación*. Editorial Trotta.
- Quintero, M. (1993). *Psicología del colonizado*. Universidad de Los Andes.
- Quintero, R. (2014). *Antropología del petróleo*. Banco Central de Venezuela.
- Quintero, R. (2018). *Crimen de agresión imperial contra Venezuela*. Quito: Embajada de la República Bolivariana de Venezuela en Ecuador. Fundación para la Justicia Global.
- Ramonet, I. (2022). *El imperio de la vigilancia*. Ediciones Minci.
- Rey, J. C. (1991). La democracia venezolana y la crisis del sistema populista de conciliación. *Revista de Estudios Políticos. (Nueva época)*, 74, octubre-diciembre, 531-578.

- Rodríguez, P. (2010). Venezuela: del neoliberalismo al socialismo del siglo XXI. *Política y cultura*, (34), 187-211. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-77422010000200009
- Rosas, A. (2022). *La noche de los generales*. Editorial El Perro y la Rana.
- Sangronis, A. y Angiolillo, P. (2020). *Intervencionismo y guerra integral. (Primera aproximación teórica)*. Acercándonos Ediciones.
- Sanoja, M. (1996). La mentira como instrumento de poder. En Grijalbo (ed.) *Balance psicosocial del venezolano del siglo XX* (Ensayos, pp. 33-50). Caracas.
- Sharp, G. (2011). *De la dictadura a la democracia*. The Albert Einstein Institution.
- Vilda, C. (1993). Proceso de la cultura en Venezuela I (1498-1830). *Curso de Formación Sociopolítica*, 29. Ediciones de la Fundación Centro Gumilla.
- Vilda, C. (1995). Proceso de la cultura en Venezuela II (1810-1908). *Curso de Formación Sociopolítica*, 30. Ediciones de la Fundación Centro Gumilla.
- Vilda, C. (1997). Proceso de la cultura en Venezuela III (Siglo XX). *Curso de Formación Sociopolítica*, 31. Ediciones de la Fundación Centro Gumilla.
- Villegas, E. (2012). *Abril, golpe adentro*. Fundarte.



İJA! İJA!
İJA! İJA!



Comentario final

El reseteo de la cultura de la vigilancia

Impactos políticos y psicosociales del capitalismo flexible

Francisco F. Herrera¹

La tercera década del presente siglo transcurre colmada de eventos particulares, inéditos o, simplemente, impensados, para buena parte de la humanidad. Desde una suspicaz pandemia producida por un coronavirus transeúnte de un incauto murciélago, pasando por un intento de golpe de Estado en la mismísima Casa Blanca, hasta la pusilánime actitud de Alemania ahorcando su economía y a su pueblo —en una misma jugada—, por mandato del Gobierno de los Estados Unidos; todo ha ocurrido en tan solo un trienio. Soslayadamente, el capitalismo anuncia que requiere un reseteo. No hace falta echar mano de teorías conspirativas para sospechar que algo está muy raro. Eventos de esta índole son frecuentes en las periferias, en la cara oculta del capitalismo; pero que, ahora, hayan acontecido en la cara lustrosa da que pensar. Desde la invención del mundo dividido en *desarrollado* y *subdesarrollado*, hace poco menos de un siglo, los *desarrollados* no mostraban tal nivel de galimatías.

¿Estamos en la antesala del colapso del capitalismo, entendido como modo de producción, o si, simplemente, se trata de una más de sus crisis cíclicas? Esta es una interrogante que acompaña a muchos/as, en sus reflexiones cotidianas. No obstante, si el capitalismo se sustenta en la generación de plusvalía, producto del trabajo y de la explotación de la naturaleza, pareciera que esta última está perdiendo su capacidad colaborativa con el gran capital: no solo está haciéndose más costosa, ahora comienza a ser muy impredecible.

¹ Ecólogo, Ph. D. en Ciencias Biológicas, Universidad de Exeter (Inglaterra). Investigador en el Laboratorio de Ecofisiología Vegetal, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas. Correo electrónico: ffherrera@gmail.com.

En un esfuerzo por predecir futuros escenarios podría sugerirse que, si el capitalismo depende de la subvaloración de la naturaleza (materia y energía), además de su explotación, entonces, una crisis de la relación capitalismo/naturaleza, nos estaría adentrando en una etapa de creciente extracción y apropiación de recursos, incertidumbre político-económica, temores y avaricia; algo como una gran rebatiña globalizada y desesperada.

A partir de esta hipótesis, que cuenta con cuantiosas evidencias en la prensa cotidiana, se pueden especular algunos resultados esperados o esperables.

El primero de ellos es bastante obvio: si en la actualidad hay innumerables alertas acerca del agotamiento de los medios para el sostén de la vida —los suelos fértiles, el agua potable, la pesca, la diversidad agrobiológica, las poblaciones de organismos polinizadores, por mencionar algunos—, un uso más agresivo de estos (como política de la “gran rebatiña”) solo propiciará una aguda precarización en el acceso a estas fuentes esenciales para la humanidad.

El segundo es tan obvio como espeluznante. Cualquier lector familiarizado con los reportes del Panel Intergubernamental para el Cambio Climático (IPCC) sabrá que los escenarios más graves —que incluyen incrementos de la temperatura promedio del planeta entre 3 y 5 °C para el período 2080-2100—, se denominan SSP3-7.0 y SSP5-8.5, y estos son considerados poco posibles, pues se espera una acción política consensuada y global que propenda hacia una disminución en el uso de combustibles fósiles como fuentes de energía y materia. Estos escenarios son muy graves. En este sentido, el resultado esperado ya tiene evidencias: en la más reciente cumbre del IPCC (noviembre 2021) no hubo acuerdos; el mensaje subyacente fue que todos los países aspiran al *desarrollo* y requieren el consumo de combustibles fósiles para alcanzarlo. La posterior evidencia es más elocuente: numerosos países de Europa, ante la crisis energética que provocaron, están recurriendo a la reapertura de las minas de carbón, como fuente de energía, a pesar

de saberse que es una fuente de gases de efecto invernadero y uno de los combustibles fósiles más contaminantes. Así, podemos apreciar que la hipótesis planteada implica una aceleración y agudización de la crisis ambiental global, y estaríamos superando los escenarios más graves, planteados hasta la fecha.

El tercer resultado esperado es, quizás, el de menor publicidad, pero no, por ello, menos conspicuo. Numerosos materiales, otrora abundantes en la corteza terrestre o de bajo costo de extracción, comienzan a agotarse; en su mayoría, nos referimos a minerales metálicos y no metálicos. Las primeras respuestas, ante esta realidad, han sido la explotación en zonas cada vez más remotas, la desafectación o, simplemente, el acceso a áreas que estuvieron protegidas en figuras como parques o reservas, la exploración de los fondos oceánicos. De allí, emergen tres consecuencias desafortunadas: mayores costos de producción, mayor deterioro de los ecosistemas planetarios y persecución o desplazamiento de poblaciones locales, en las áreas de los yacimientos.

El cuarto resultado esperable es una combinación muy sensible de los tres primeros: la producción de alimentos, a través del modelo agroindustrial, de manera progresiva, experimenta limitaciones para el acceso al agua de riego y a suelos fértiles, problemas de costos, rendimientos impredecibles; lo que se traduce en inseguridad alimentaria. Si bien esta realidad ha acompañado a la historia de los pueblos del Sur global, hoy comienza a manifestarse en la faz lustrosa del capitalismo: un fenómeno inédito en la vida de los *babyboomers*.

Por último, el quinto resultado esperable es, esencialmente, social y será planteado en dos aristas. En tanto se esgrime un potencial agotamiento de los recursos esenciales para la vida y los minerales, y tal agotamiento repercutirá en métodos más agresivos de apropiación de la naturaleza por parte de la cara lustrosa del capitalismo—el Norte global—, se producirán tensiones y conflictos sociales en los territorios en disputa, en condiciones cada vez más extremas. En la otra arista, la sociedad de consumo o sociedad del bienestar —que ofreciera el capitalismo a lo largo del siglo XX—,

no podrá sostenerse para toda la población; de hecho, cada día, es más reducido el sector social que reproduce este imaginario en los países *desarrollados*. Sin duda, las protestas sociales o manifestaciones de malestar social, en estos países, han incrementado en los últimos años. En el caso de los Estados Unidos, la posibilidad de un estallido social, en los próximos dos años, es altamente probable; así coinciden numerosos expertos. La peor publicidad que puede tener el capitalismo es la insatisfacción manifiesta de sus consumidores. Este malestar constituye un reto para el sistema, en su sostenido ejercicio de reinventarse y reproducirse. ¿Qué hacer para que un rebaño (maltratado) entre *espontáneamente* a su redil?

No se viven tiempos fáciles. Si bien el capitalismo ha tenido crisis cíclicas, las escalas y magnitudes de estas han ido variando y, de igual manera, los instrumentos y medios para atenuarlas o enfrentarlas. Ante la compleja realidad descrita, y las tensiones sociales que se avizoran, el capitalismo está actuando, y en la diana están los pueblos del mundo. Teniendo en el horizonte estas realidades, es oportuno visitar algunos dispositivos de control social utilizados por el capitalismo en su breve historia y, a partir de esta reflexión, interpretar en qué consiste su reciente propuesta de *reseteo*, qué representan las redes sociales digitales, qué plantea la revolución 4.0 y establecer algunas líneas que crucen estas interrogantes con los planteamientos hechos por Ovilía Suárez, Liliane Blaser y Fernando Giuliani, a fin de establecer algunas coordenadas de este peculiar momento histórico, con ribetes de encrucijada.

Dispositivos tecnológicos de control social en la historia del capitalismo

Analizar la relación entre el capitalismo y el cibercontrol (este último como fenómeno muy reciente) nos coloca en la tarea de dilucidar cuánto de “vino nuevo en copas viejas” tiene esta realidad. La primera dificultad reside en establecer un momento histórico para el origen del capitalismo; término que, a lo largo del texto, debe considerarse dinámico, ya que pasa de ser, inicialmente, un

modo de producción, para constituirse, a lo largo del siglo XX, en una manifestación cultural.

Así como Enrique Dussel considera que la modernidad —que denomina, primera modernidad— inició en 1492 y que, con certeza, fue un fenómeno que catalizó, en la naciente Europa, una cascada de transformaciones sociales y políticas; de manera análoga, Jason W. Moore propone la misma fecha para la aparición del capitalismo. En un texto muy reciente, Moore (2022) señala:

Uno ve los orígenes del capitalismo como un asunto mundial posterior a la invasión colombina de 1492. Desde esta perspectiva, la acumulación primitiva tiene que ver con la formación mundial de la clase y la lucha de clases —incluyendo, primordialmente, relaciones combinadas y desequilibradas entre las plantaciones y los proletarios mineros del Nuevo Mundo y los proletarios protoindustriales y fuertemente feminizados de Europa—. Otro ve los orígenes del capitalismo en términos del desarrollo inglés, en ese entonces británico, culminando en la transición inducida por la lucha de clases de la energía hidráulica a la energía del vapor alrededor de 1830. Para el Capitaloceno de 1492, el Capitaloceno de 1830 es un punto de inflexión que no se puede explicar solamente dentro de Gran Bretaña... (p. 57)

Partiendo de esta interpretación historiográfica y asumiendo que el capitalismo, desde sus orígenes, tiene una cara (aparentemente) lustrosa y otra oscura, esto es, su rostro británico y su rostro americano, respectivamente; se propone una enumeración sucinta de algunos hechos que permitieron el establecimiento del capitalismo en su cara británica y cómo, progresivamente, se expandiría a Europa continental y los Estados Unidos. Esta enumeración de eventos selectos tiene como objeto mostrar una sucesión de dispositivos de control aplicados a lo largo de la historia del capitalismo, sin ánimos de ser absoluta o sistemática; su intención es ser ilustradora de una aproximación al tema de las redes sociales digitales como dispositivo de cibercontrol, en la actualidad.

Cuatro momentos históricos del capitalismo y sus mecanismos de persuasión social

Momento I

Del campo a la urbe industrial. En la Inglaterra del siglo XVIII, fundamentalmente, se da un fenómeno muy marcado de migración de la vida rural a la vida urbana, específicamente a la ciudad industrial que aparecía bajo la égida de la explotación del carbón a gran escala y la implementación de procesos fabriles basados en maquinarias impulsadas por vapor de agua. Este fenómeno social poco tuvo de voluntario y liberador para las clases trabajadoras; los empleadores o propietarios requirieron de algunos “ardides persuasivos”.

Solo con el ánimo de ejemplificar el uso de algunos dispositivos de control, veamos qué efectos tuvo la incorporación del reloj y la sensación del tiempo al trabajo fabril de la época. Para comienzos del siglo XVIII, inició una profunda transformación de la noción de trabajo; las prácticas de incorporar horarios, responsables del control del tiempo, informantes y penalizaciones comenzaban a formar parte del incipiente paisaje capitalista/industrial disciplinado. Si bien los relojes se instalaron en algunas ciudades europeas desde el siglo anterior, no formaban parte de la temporalidad de la vida cotidiana, que se basaba en las labores del campo, estaciones, festividades, etcétera. Los relojes, cuando existían, estaban asociados a las iglesias y, posteriormente, como artículos de joyería (cuando se manufacturaron en tamaños “de bolsillo”). Estos primeros relojes eran de poca precisión y se requería de los relojes solares para su calibración. Ya para inicios del siglo XVIII, con algunas mejoras tecnológicas, estos instrumentos adquirieron mucho mayor auge y se instalaron, incluso, en las fábricas. Llama poderosamente la atención cómo esta transición en torno al ritmo y a la concepción del trabajo ocurriese tan parsimoniosamente. Thompson (1967) lo plantea en los siguientes términos:

La primera generación de trabajadores fabriles fue instruida por sus jefes acerca de la importancia del tiempo; la segunda generación formó los comités para la reducción de la jornada

laboral a 10 horas; la tercera generación luchó por las jornadas extras o jornada y media de trabajo. Ellos ya habían aceptado las categorías de los empleadores y aprendieron a luchar dentro de estas. Habían aprendido la lección muy bien, el tiempo es dinero. (p. 86)

En pocas generaciones, se logró una noción, que aún nos acompaña en la sociedad industrial, que es: la abstracta y compleja aceptación de que el trabajo se mide en tiempo y, más impresionante aún, de que el trabajo y la vida son dos constituyentes separados de la existencia humana. Ese proceso inicial de domesticación fabril destinado a la explotación del trabajo humano contó con un dispositivo de control esencial para el capitalismo, el reloj; con este, se fraguó una nueva subjetividad con relación al tiempo. Pero este proceso disciplinar no hubiese sido tan expedito, solo tomó tres generaciones (*sensu* Thompson), sin la internalización y transformación de la subjetividad colectiva en favor de esta transición de la vida rural a la vida fabril. Aquí destaca lo que podríamos considerar *dos fenómenos religiosos* actuando, de manera sinérgica, en la población británica de entonces, que pudieran denominarse *preadaptaciones* o *condicionantes* de este momento decisivo.

A lo largo del siglo XVII, en la sociedad inglesa, fueron asumiéndose las ideas de eficiencia en los quehaceres, la virtud de madrugar, la descalificación del descanso —tachándolo de holgazanería o flojera—, el goce y la diversión como contrarios al trabajo (solo este último incrementaba la gloria de Dios); todos estos códigos venían de la mano de las corrientes religiosas dominantes: puritanos, evangélicos y metodistas. En el caso de los metodistas, su nombre ya sugiere esta “economía” del tiempo. Era una época en que la elección para la vida eterna estaba signada por la vida terrenal: efímera y preciada, el tiempo no podía perderse y tal hecho era, en sí, un pecado mortal. Dormir más de ocho horas, hablar tonterías, socializar constituían reproches morales muy importantes. En síntesis, Weber (2005) afirma “el calvinismo fue históricamente uno de los agentes de educación en el espíritu del capitalismo” (p. 148);

de hecho, la novel burguesía holandesa, francesa y alemana tendría como cobijo a la ética protestante, emanada de la Reforma. Con esto, se quiere sugerir que una sociedad fuertemente influida por estas jóvenes corrientes religiosas, provenientes del continente, ya habrían incorporado una noción de trabajo y esfuerzo, sobre las que el reloj tuvo una tarea exquisita de precisión y control.

Esta burguesía protestante, divorciada de las instituciones papales, encontraría en la ciencia (“moderna”) un portentoso apoyo, un placebo, para los vacíos religiosos que aparecían en la transición campesino/fabril. Ahora, con la argumentación científica (el nuevo dios), aparecía un sentido del tiempo abstracto y estandarizado, que se establecía por relojes y calendarios. Con la influencia de Isaac Newton, el tiempo adquiere una dimensión lineal y queda descontextualizado de los procesos vivos de la cotidianidad, interpretación que ignoraba (e ignora) las percepciones humanas de las estaciones, los ciclos biológicos, festividades e incluso la vida como proceso que transcurre entre el nacer y morir (Sørensen y Wiksell, 2019). A pesar de que esta noción lineal y abstracta del tiempo ha sido fuertemente criticada, incluso desde la propia disciplina de la física, su amplísima utilidad como dispositivo de regulación y control de “la vida laboral” ha permitido que se mantenga de manera natural en las sociedades industrializadas. Como dice Bautista (2017, p. 33), “el tiempo del reloj es un verdugo que administra la inserción diaria en la maquinaria de la acumulación cuantitativa de riqueza. Lo que se mide en el tiempo es ese proceso acumulativo y la ciencia se encarga de racionalizarlo”.

Momento II

Las ciencias sociales allanan las mentes. El siglo XVIII europeo viviría un progresivo y expansivo fenómeno de desarrollo del pensamiento científico en las áreas de la física y la química, principalmente. Los procesos de producción, a través de las ingenierías, amalgamarían y escalarían hallazgos e innovaciones obtenidos en *el laboratorio*. La precisión, exactitud y perfección del

espíritu protestante tendría su largo siglo de las luces. Pero esto fue para algunos; así quedó plasmado en muchos libros de textos y educación, de las sucesivas generaciones. Sin embargo, la incipiente sociedad industrial urbana y sus implicaciones en la vida campesina no estuvieron exentas de tensiones, conflictos y revoluciones, por décadas (Hobsbawm, 1978).

La conformación de la sociedad industrial europea, paulatinamente expandida al este de los Estados Unidos, es expuesta por Lander (2000) como sigue:

El proceso que culminó con la consolidación de las relaciones de producción capitalistas y modo de vida liberal, hasta que estas adquirieron el carácter de las formas *naturales* de la vida social, tuvo simultáneamente una dimensión colonial/imperial de conquista y/o sometimiento de otro continentes y territorios por parte de las potencias europeas, y una encarnizada lucha civilizatoria interna al territorio europeo en la cual finalmente terminó por imponerse la hegemonía del proyecto liberal. Para las generaciones de campesinos y trabajadores que durante los siglos XVIII y XIX vivieron en carne propia las extraordinarias y traumáticas transformaciones: expulsión de la tierra y del acceso a los recursos naturales; la ruptura con las formas anteriores de vida y de sustento —condición necesaria para la creación de la fuerza de trabajo “libre” —, y la imposición de la disciplina del trabajo fabril, este proceso fue todo menos natural.

La gente no entró a la fábrica alegremente y por su propia voluntad. Un régimen de disciplina y de normatización cabal fue necesario. Además de la expulsión de los campesinos y los siervos de la tierra y la creación de la clase proletaria, la economía moderna requería una profunda transformación de los cuerpos, los individuos y de las formas sociales. Como producto de este régimen de normalización, se creó el *hombre económico*. (pp. 20 y 21)

La creación del *Homo economicus*, en tanto una nueva percepción del sujeto de sí mismo —ahora occidental, industrial y urbano— es un constructo cultural, configurado en la sociedad de clases liberal/burguesa. Ya no sería la incorporación de las aplicaciones e interpretaciones de la física newtoniana directamente al proceso de producción fabril capitalista, gradualmente, las ciencias sociales constituyeron los fundamentos de la política y la economía impuestas por las clases dominantes. Plantea Paul Sweezy (1964) que “la aplicación de las ideas y de los métodos de la ciencia natural a la sociedad es uno de los rasgos más notables del período capitalista” (p. 47); aspecto que nítidamente destaca C. B. Macpherson (1982), en su texto *La teoría política del individualismo posesivo: de Hobbes a Locke*, donde muestra la fuerte impronta que tienen en los postulados políticos de Hobbes los métodos implementados por Galileo, en la astronomía:

En realidad, el postulado que Hobbes estaba analizando desde el principio era la naturaleza del hombre civilizado. Pues el método analítico-sintético, que tanto admiraba en Galileo y que él mismo adoptó, consistía en descomponer la sociedad existente en sus elementos más simples y recomponer luego estos mismos elementos en un todo lógico. (p. 40)

Añade Sweezy al comentario previamente citado:

En el campo de la economía política los resultados de la transición son más claramente visibles en las doctrinas del siglo XVIII, de los fisiócratas en Francia y de la escuela clásica en Inglaterra. La *loi naturelle* de los fisiócratas, la “mano invisible” de Adam Smith, su fe común en la sabiduría del *laissez-faire* como política económica, todo ello indica la profunda creencia en el carácter impersonal y automático del orden económico. Este prejuicio contra la acción social consciente en los asuntos económicos, que se desarrolló en el siglo XVIII, siguió siendo un rasgo muy prominente de la ideología capitalista hasta hace muy poco. (p. 47)

La conformación de la nueva subjetividad liberal —que no solo abarcaba al trabajador fabril, o sus jefes/propietarios, sino al pleno de la sociedad, en tanto, un nuevo *ethos*— fue apalancada por el rol que jugarían las ciencias sociales, que, gradualmente, aparecieron de la mano del positivismo, en el siglo XIX. Lander (2000) describe este pasaje en su texto *Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos*:

Las ciencias sociales tienen como piso la derrota de esa resistencia, tienen como sustrato las nuevas condiciones que se crean cuando el modelo liberal de organización de la propiedad, del trabajo y del tiempo dejan de aparecer como una modalidad civilizatoria en pugna con otra(s) que conservan su vigor, y adquiere hegemonía como la única forma de vida posible. A partir de este momento, las luchas sociales ya no tienen como eje al modelo civilizatorio liberal y la resistencia a su imposición, sino que pasan a definirse al interior de la sociedad liberal. Estas son las condiciones históricas de la *naturalización* de la sociedad liberal de mercado. La “superioridad evidente” de ese modelo de organización social —y de sus países, cultura, historia y raza— queda demostrada tanto por la conquista y sometimiento de los demás pueblos del mundo, como por la “superación” histórica de las formas anteriores de organización social, una vez que se ha logrado imponer en Europa la plena hegemonía de la organización liberal de la vida sobre las múltiples formas de resistencia con las cuales se enfrentó.

Es este el contexto histórico-cultural del imaginario que impregna el ambiente intelectual en el cual se da la constitución de las disciplinas de las ciencias sociales. Esta es la cosmovisión que aporta los presupuestos fundantes a todo el edificio de los saberes sociales modernos. Esta cosmovisión tiene como eje articulador central la idea de modernidad, noción que captura complejamente cuatro dimensiones básicas: 1) la visión universal de la historia asociada a la idea del progreso (a partir de la cual

se construye la clasificación y jerarquización de todos los pueblos y continentes, y experiencias históricas); 2) la “naturalización” tanto de las relaciones sociales como de la “naturaleza humana” de la sociedad liberal/capitalista; 3) la naturalización u ontologización de las múltiples separaciones propias de esa sociedad; y 4) la necesaria superioridad de los saberes que produce esa sociedad (“ciencia”) sobre todo otro saber. (p. 22)

En buena parte de la sociedad urbano-industrial europea del siglo XIX, la autopercepción de *Homo economicus* —con todas sus dudas y resistencias, alienaciones y reduccionismos— había sido corporizada. Para ese momento, las ciencias sociales echaban mano de la teoría de la selección natural propuesta por Charles Darwin, a mediados de ese siglo. Con la debida modulación por parte de Herbert Spencer (Herrera *et al.*, 2018), esta teoría daría un carácter científico y natural a las nociones de tiempo lineal, magnificencia ilustrada europea y predestinación y determinismo protestantes; lo que afirmaría el imaginario de *progreso* alcanzado de la mano de la sociedad industrial. A partir de aquí, pocas cosas quedarían sujetas a escrutinio: “Estamos marcados por la evolución y esta es ley natural”. El darwinismo social sería el colofón de entonces para —desde las ciencias sociales como dispositivo— controlar y configurar a las masas, en ambas caras del capitalismo.

Momento III

La sociedad industrial, la sociedad del tener. La pléyade de dispositivos de modulación y control social, devenidos luego en vigilancia y terrorismo, a lo largo del siglo XX, en el seno de la sociedad liberal/burguesa es inabordable en este breve comentario. La sociedad de la cara lustrosa del capitalismo ha sido un laboratorio gigante, sin “código de ética o buenas praxis”. De la mano de las ciencias sociales como la psicología, sociología o pedagogía, aunado a la extraordinaria propensión de las disciplinas de las ciencias naturales (como la física, la química o la biología) para desarrollar

tecnologías útiles a estos fines, el siglo pasado evidenció el carácter medio/fin de la ciencia para la expansión y sostenimiento del capitalismo como cultura de la producción material e inmaterial, de una vasta mayoría de la población humana. El fenómeno europeo decimonónico escaló a todo el orbe.

El rol del psicoanálisis y, luego, la psicología social, en el estudio, modulación y transformación de las conductas humanas —de forma masiva— en favor de la aceptación ya no solo de la “vida” en la sociedad industrial, sino en la sociedad del consumo suntuoso e irracional (*i. e.* consumismo) está ampliamente reseñado en la literatura y, está hábilmente difundido en el documental *El siglo del yo*, concebido por Adam Curtis. Caso análogo lo constituyen las escuelas pedagógicas dominantes, y su rol en la transmisión de los valores, elementos históricos, métodos e imaginarios de la sociedad liberal burguesa occidental a todos los pueblos del mundo. Tal fenómeno ha estado acompañado de la invisibilización, desprestigio o negación de cualquier otra forma cultural, incluso siendo la propia de las comunidades donde se imparte el modelo de educación hegemónico; este fenómeno ha sido descrito como *colonialidad del saber*. Poco menos que decir de las, así llamadas, *ciencias jurídicas*, que —de la mano de las ciencias políticas— se atribuyen numerosos mecanismos de criminalización, castigo, acoso, saqueo, avalados todos desde su carácter científico, racional, que no es más que la voluntad burguesa plasmada en la noción de Estado.

Herbert Marcuse, marxista y cofundador del Instituto de Investigaciones Sociológicas de Fráncfort, definía a la sociedad industrial euro-norteamericana de mediados del siglo pasado como la “sociedad tecnológica”:

Entiendo por sociedad tecnológica aquella que se caracteriza por la automatización progresiva del aparato material e intelectual que regula la producción, la distribución y el consumo, es decir, un aparato que se extiende tanto a las esferas públicas de la existencia como a las privadas, tanto

al dominio cultural como al económico y político; en otras palabras, es un aparato total. Dicha sociedad se caracteriza también por un alto grado de concentración y acoplamiento del poder político y económico. (1970, p. 51)

Para Marcuse, en su texto *Libertad y agresión en la sociedad tecnológica* (1970), esta sociedad, concebida como aparato total, tiene en la racionalidad —moderna—, sumada al alto desarrollo tecnológico y productivo, una coordinación y manipulación totales, que son obtenidas por métodos invisibles a la población y que les resultan, en apariencia, placenteros. En su comprensión de esta sociedad, el autor considera que estos métodos producen, de hecho, una pérdida de autonomía y libertad individual, a pesar de la aparente independencia que prevalece en la sociedad; tal giro, se traduce en una sociedad represiva; este aspecto queda reflejado en varias dimensiones:

- Una primera dimensión se centra en la satisfacción de las necesidades humanas. Estas son satisfechas dentro del mismo marco lógico de la sociedad industrial, que ofrece la “posibilidad de escoger”, pero dentro de sus esferas de control y perpetuación.
- Esta primera dimensión conlleva una segunda manifestación del carácter represivo de la estructura, al limitar la iniciativa y la “personalidad” del sujeto por la tecnificación de los procesos, que se traduce en una pérdida de autonomía.
- En concordancia con Weber, Marcuse sugiere que “mientras más racional y tecnológica llega a ser la administración de la sociedad moderna, más se depende de las decisiones que toman unas cuantas personas, que, en un sentido liberal, dominan el destino de la totalidad”. (p. 65)
- Una dimensión clave, que quizás requiere más consideración, es el carácter agresivo, de modo soterrado, de la “sociedad tecnológica”. De manera primaria, la energía agresiva —inmanente al ser humano, según el autor— es canalizada hacia la naturaleza para satisfacer sus necesidades. Pero, en la

“sociedad tecnológica” y, más aún, en la sociedad opulenta, se genera un desequilibrio de esta energía, pues ya no está dirigida a la satisfacción de las necesidades: queda frustrada, ante la ausencia de un objeto sobre el cual descargarla. Esta agresividad, y frustración asociada, al no poder ser balanceada al interno de la estructura social controladora requiere de enemigos externos sobre los cuales justificarla. Esta hipótesis del autor, podría explicar el carácter imperialista/perseguidor que la “sociedad tecnológica” ha tenido en el último medio siglo.

- Finalmente, cabe destacar que, si bien Marcuse considera que la “sociedad tecnológica” capitalista está dominada por una racionalidad tecnológica/liberal de élite, tal condición podría manifestarse de manera análoga en la sociedad industrial socialista. Al ocurrir este fenómeno, estaríamos en presencia de la preponderancia de la “sociedad tecnológica” en el control y alienación de los individuos, con la concomitante pérdida de autonomía y personalidad; aspecto conducente a escenarios crecientes de frustración, que requieren ser manejados, controlados, vigilados o confrontados. El objeto de esta sociedad es la construcción de un patrón unidimensional de pensamiento y comportamiento (Marcuse, 1968).

Erich Fromm (1970) ahonda en algunos aspectos de la subjetividad en la sociedad industrial, en especial, en la conciencia del individuo desde una aproximación psicoanalítica; y, en diálogo con Freud, destaca un aspecto clave:

Una de las desventajas de Freud (...) fue que su concepto de la realidad estaba edificado sobre la caduca idea de la percepción, en la cual se denomina “realidad” a lo que uno contempla (...). Freud no vio que la realidad es una entidad mucho más compleja y ambigua que, en alto grado, corresponde a una categoría social. Mucho de lo que consideramos realidad son fenómenos que condicionan una sociedad dada. De hecho, gran parte de lo que creemos que es la verdad no es sino el consenso de la mayoría, manipulado

por aquellos que detentan el poder. En lo que está de acuerdo la mayoría es lo que subjetivamente se experimenta como real, verdadero, racional y moral. No se ha dado el caso de que la irracionalidad no sea considerada por la mayoría como algo racional, porque el consenso transforma lo inmoral en moral, lo irracional en racional, lo feo en bello. (pp. 6 y 7)

De aquí podemos extrapolar que, si la “realidad” está manipulada por los que detentan el poder, y esta debe ser consensuada por la mayoría, desde la experiencia subjetiva, se requieren dispositivos de condicionamiento y control a favor de pensamientos y acciones deseadas para el manejo de la colectividad; de lo contrario, el riesgo de rebelión y emancipación latiría en las masas. La vida en sociedad implica, entonces, la existencia permanente de un filtro social que evite que muchas experiencias se hagan conscientes, produciéndose una suerte de “inconsciencia social”. Esta condición colectiva está constituida por una enorme masa de ficción manufacturada que la sociedad transmite a los individuos, como una suerte de metarrelato o gran narrativa societal. Dice Fromm que, cuando este fenómeno proviene de otro bando lo llaman “lavado de cerebro”; pero, cuando se trata del propio bando, se le llama “educación”, o términos equivalentes. Esta fuerza continua sobre la condición humana, plantea Fromm, hace de los sujetos de la sociedad industrial personas inseguras, con falta de identidad, aburridas y ansiosas que “tratan de salvarse uniéndose a la multitud, no siendo diferente de lo que todo el mundo es, piensa y siente” (p. 14). Para estos sujetos de la sociedad industrial, obreros, empleadores, propietarios o cualesquiera ciudadanos, con aspiraciones similares (pero capacidades diferenciadas), el *Homo consumens*, producido a lo largo del siglo XX, es un lugar de refugio. Este sujeto tiene como propósito principal consumir y, para él, “el mundo entero, las riquezas del mundo, se han transformado en artículos de consumo” (Fromm, 1970, p. 14).

Ovilía Suárez describe, en su ensayo, cómo este fenómeno de la sociedad industrial produce un marcado desbalance entre las dos orientaciones del ser humano, el *ser* y el *tener*.

Esos extravíos llevan al ser humano y a la sociedad, en general, a desarrollar la sociedad del tener, donde la vida se sustenta en posesiones y tenencias que, en teoría, dan una supuesta felicidad. El extravío de la conciencia se sustenta en la gran mentira, la cual penetra todas las esferas de la sociedad y crea necesidades que pueden ser saciadas con productos que no necesitamos, que sobredimensionamos y que nos mienten, en su contenido. La conversión de todo en una mercancía a la que debemos acceder para obtener la felicidad.

La sociedad industrial de la faz lustrosa del capitalismo, a pesar de vivir saciada de satisfactores de sus necesidades, tuvo al final de la década de los sesenta, una crisis moral y ética muy potente. Amenazas de desvíos culturales aparecieron en el horizonte, y los detentores del poder debieron actuar. Numerosos dispositivos fueron implementados, pero mencionaremos a cuatro muy notorios: 1) facilitar el acceso a drogas tradicionales y nuevas formulaciones sintéticas a la población que se salía del redil o sentido común consensuado; 2) la creación de figuras culturales y artísticas (e incluso la financiarización de intelectuales), para establecer horizontes de sentido acordes a los intereses de la sociedad industrial; 3) reimpulso a la sensación de terror ante el acecho del “enemigo”; es decir: el comunismo que ahora recorría Asia, África y Latinoamérica; y 4) la represión del Estado, propiamente dicha.

Pero ya las alarmas habían sonado, no bastaba “educar”, también se debía vigilar: la sociedad industrial producía sus propios brotes de rebeldía.

Gradualmente, y con el apoyo de las crecientes capacidades de almacenamiento de información electrónica personal, se generó un sistema de vigilancia y mercadeo, desde dos espacios —otrotra separados— que eran el ámbito privado, las corporaciones, y el público, el Estado. El uso de tarjetas de crédito y de débito, chequeo aeroportuario, entre las primeras herramientas, permitía construir perfiles personales muy precisos, con información recabada a través de cierto voluntarismo por parte de los sujetos de la sociedad

tecnológica: una sutil sociedad de la vigilancia se construía al interno de la sociedad industrial. Aunado a estos dispositivos emergen innovadores diseños para las escuelas, urbanismos y hospitales que trajeron a la mente de muchos el panóptico de Bentham, que databa de casi dos siglos atrás.

Bentham propuso un modelo carcelario diseñado a partir de una arquitectura peculiar donde, desde un lugar privilegiado, se podía observar a todos los reclusos continuamente; pero estos últimos no podían apreciar si efectivamente estaban siendo observados. Bentham afirmaba que el poder residía en las características de visibilidad no verificable por el observado; este concepto se mantiene hoy en numerosos mecanismos de vigilancia. Acompañado por manifestaciones de reprimendas o castigos, este sistema se convierte en un efectivo dispositivo de control de las conductas, que ante la omnipresencia, terminan siendo interiorizadas por los sujetos. Progresivamente, los espacios públicos fueron colmados de cámaras de circuito cerrado de televisión; bancos, centros comerciales, estacionamientos, calles, parques quedaron subsumidos en una suerte de panoptismo aceptado, una nueva forma de poder intersticial presente en todos los espacios, que subordina y coacciona; formas de poder abstractas, anónimas y profundamente tecnificadas, fundadas en premisas, igualmente socializadas por el sistema, como “es por tu bienestar, tu seguridad, tu libertad”, dirigidas al sujeto complaciente con los códigos societales de la sociedad tecnológica.

Galič *et al.* (2017), en una revisión de las teorías planteadas para analizar la sociedad de la vigilancia, comentan:

Quando todas las personas pueden estar potencialmente bajo vigilancia internalizarán control, valores y moral —la disciplina viene a ser un tipo de poder, una estrategia y una forma de tecnología—. En este sentido, Foucault acuñó para esta sociedad, la expresión la sociedad de la vigilancia, que en Occidente ha mostrado un desarrollo hacia aproximaciones tecnológicas de gobernanza. El estudio del poder que hiciese

Foucault tuvo lugar en instituciones formales y evidentes donde el panóptico fue introducido como un modelo “ideal” para disciplinar a los individuos.

Esta reinterpretación de la propuesta “arquitectónica” de Bentham que hiciera Foucault resultó ampliamente aceptada, porque establecía un giro en la perspectiva del *objetivo* del ejercicio del poder al *modo* de ejercicio del poder. En pocos años, la sociedad tecnológica de Marcuse debió convertirse en la sociedad de la vigilancia, que Foucault colocaría en el tapete, y hasta nuestros días, ha generado un sinnúmero de categorías y reflexiones de enorme riqueza reflexiva. La sociedad del control, de la ortopedia social, permite un tipo de poder del espíritu sobre el espíritu y una red de instituciones (escuelas, universidades, hospitales, fábricas, psiquiátricos, asilos) que encuadran a los individuos, a lo largo de su existencia, para la sociedad del tener; una sociedad que tiene la posibilidad no solo de vigilar, sin interrupción y totalmente, sino también de constituir un saber sobre aquellos a quienes vigila. El panóptico del siglo XX ya no se aplicaría a los reos, se aplicaría a los ciudadanos, a las ciudadanas. Cabría preguntarse: ¿seremos los nuevos reos de las nuevas democracias?

Momento IV

Terror y vigilancia globalizados. Caída la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas y colocado Boris Yeltsin al frente del Gobierno de Rusia, el enemigo necesario —esto es, el comunismo— pasaba de ogro a caricatura. Paralelamente, parte de la economía real estadounidense (su componente fabril) se trasladaría al sureste asiático y China, buscando la maximización del capital, según los entendidos. De la sociedad industrial que caracterizó al siglo XX de los EE. UU. quedó, más bien, la sociedad de consumo y la superestructura de la sociedad tecnológica; por otra parte, la economía especulativa y bursátil emergería como un gran nuevo cuerpo de la vida globalizada. Economías cruzando el orbe se conjugaron con la dádiva de socializar una tecnología generada

para el ámbito militar: la comunicación por internet. Ahora, “todos” estábamos globalizados y conectados, aunque fueran unos pocos. Fue una década de echar mano de los “Supersónicos” (aquel cómic de la década de los sesenta) y pensar en grande, pensar en el ciberespacio, desde este y para este.

Este período tiene como gran ícono el desplome de la Torres Gemelas de la ciudad de Nueva York, en septiembre de 2001. Un evento aterrador; tanto así que quien lee estas líneas tiene una imagen de él. Son muchos los analistas que coinciden en que, a partir de este evento la sociedad de la vigilancia escaló a niveles hiperbólicos; pero, antes de adentrarnos en el tema, es propicio mencionar un fenómeno poco comentado en la literatura que, bien, podría relacionarse, de manera causal, con el ataque a las torres. He aquí. En noviembre de 1999, se organizó en la ciudad de Seattle, Estados Unidos, la convención de la Organización Mundial del Comercio, un ente que, en pocos años de globalización, había corporizado el repudio de muy diversas formas de organizaciones laborales, ambientalistas, de derechos humanos, indígenas, por mencionar algunas. La protesta no fue normal, a pesar de que Marcuse, 30 años antes, había planteado que la protesta en la sociedad tecnológica desaparecía por la progresiva alienación de los sujetos a favor de los modos dominantes. Días de batalla campal en una ciudad militarizada, en la joya del capitalismo, sugerían que algo no estaba funcionando bien: la sociedad domesticada y vigilada no estaba satisfecha: el sistema debía reconfigurarse.

Dos años después se promulgaría la Ley Patriota (Patriot Act), un dispositivo legal que abrió a las agencias de seguridad del Estado, múltiples puertas legales para la vigilancia personal, y la acción judicial ante cualquier comportamiento, comunicación o actividad que pudiera considerarse lesiva para la seguridad de la Nación. Esta ley, por supuesto, se argumentó como consecuencia del evento de las torres gemelas, no de los disturbios de Seattle. Cabe destacar que esta ley se presentó días después del atentado en Nueva York, y tan solo transcurrieron 45 días para que

estuviera aprobada. La Ley Patriota representó, para el pueblo estadounidense, el fin de lo privado, lo personal, lo íntimo; por medio de algoritmos y tecnologías electrónicas, toda la comunicación que se producía por internet podía ser monitoreada y utilizada como información legal; las llamadas telefónicas podían ser vigiladas y grabadas; paralelamente, los sistemas de circuito cerrado de televisión proliferaron por las ciudades, se introdujeron pasaportes electrónicos y medidas extremas en aeropuertos —con ribetes de abuso personal—, biotecnologías como reconocimiento facial, huella dactilar e incluso análisis de material genético se incorporaron a las ingentes bases de datos de los ciudadanos. Ya no solo el sector corporativo comercial tenía perfiles de todos los consumidores por medio de mecanismos electrónicos, ahora los Estados se sumaban a la tarea. El terror (con la enorme complicidad de los medios de comunicación de masas, al servicio del sistema) se constituyó en el instrumento de persuasión dominante durante dos décadas. La otra cara del terror era la seguridad, en cuyo nombre se reformularon los elementos constitutivos del consenso social, de la subjetividad de la mayoría. Pero el terror no era democrático, simultáneamente se conformó una ordenación social de la vigilancia; determinadas nacionalidades, grupos étnicos o clases sociales se constituyeron en agentes del terror, en contraposición, una minoría se abrogaba el “derecho a la seguridad”.

Con el auge de las comunicaciones por internet, ahora establecidas como un indicador de bienestar y desarrollo por parte de las multilaterales, los Estados se vieron en la necesidad de propiciar la expansión de la conectividad en sus territorios, generalmente, de la mano de empresas privadas. Con este soporte, aparecieron las redes sociales digitales. Como lo reflejan los ensayos que acompañan esta reflexión, las redes sociales digitales, en pocos años, se incorporaron a la cotidianidad de miles de millones de habitantes del planeta.

Fernando Giuliani comenta en torno a la potencia de estos nuevos dispositivos:

Buena parte de las transacciones, relaciones e interacciones humanas transcurren a través de estas modalidades, las cuales trascienden el rol de meros canales de comunicación para convertirse, prácticamente, en una suerte de prolongación de las personas, casi a modo de dispositivo sensorial y como espacio de creación y recreación de las relaciones humanas.

Liliane Blaser añade:

Las redes se han convertido en un ágora ciudadana: son, a la vez, espacio privado y público de información y desinformación, de angustia y de desahogo; de soledad, por el aislamiento al que inducen; al tiempo que acercan, paradójicamente, a infinidad de posibilidades comunicativas, a veces, incluso con personas que no existen, al menos con ese nombre y con esas características.

En el texto de Ovilía Suárez se hace una analogía instrumental entre las redes sociales digitales y la televisión:

La influencia de estas redes en el desarrollo humano —considerando la singularidad de cada proceso del ciclo vital, asociado a las características culturales y de vida— tendrá un impacto en la subjetividad e intersubjetividad, que apunta en diversas direcciones con un único propósito. La re-significación de vínculos sociales, afectivos y culturales, a través de las redes sociales digitales, se intensifica repotenciando la influencia que tuvo la televisión a comienzos del siglo XX.

Relaciones humanas, soledad, repotenciar la influencia que tuvo la televisión... ¿No estamos, acaso, hablando del sujeto de la sociedad tecnológica que Marcuse o Fromm describían, hace medio siglo? Sujeto alienado, aburrido, desprovisto de personalidad y autonomía, vaciado de humanidad. ¿Cómo podemos vernos ajenos/as al molde que hace la sociedad tecnológica de nosotros/as? O, yendo más atrás, ¿las ciencias sociales, la noción newtoniana

del tiempo o el mismísimo reloj? Si las redes sociales digitales tuvieran, entre otros objetivos, la resignificación cultural, ¿quién fija el horizonte de sentido?, ¿cuál sería?

Comentario sobre algunos elementos acerca de las redes sociales digitales

La gran mayoría de las plataformas tecnológicas de las redes sociales digitales, en Occidente, está en manos de un poderoso y reducido sector privado que, junto a los administradores de las conexiones por Internet, constituye un gran monopolio de la data de millones de habitantes del planeta. Esta data tiene una administración corporativizada; es decir: estas empresas funcionan, en la actualidad, supra-Estados; por tanto, no existen garantías alguna acerca del respeto a la privacidad de la información que se acumula en torno al perfil de cada sujeto. El acceso a esta data, por parte de los organismos de seguridad pública, en cada país, es fluido; por lo que los límites entre los dominios de datos públicos y privados de la incipiente sociedad de la vigilancia, hoy, ya se han difuminado. Uno de los elementos más curiosos es que todos los usuarios de las redes sociales conocen esta realidad, se saben monitoreados, e incluso reconocen ser inducidos a determinados comportamientos (por ejemplo, de consumo) y no sentirse preocupados. Dispositivos de vigilancia, como las redes sociales digitales, conforman elementos claves de lo que se ha llamado un ciberpanóptico; si la lógica del panóptico de Bentham fue inicialmente concebida para aplicarla sobre personas específicas, en espacios confinados, y constituía, además, un mecanismo de represión, hoy es asumido, paradójicamente, como un dispositivo de inclusión y de libertad (Raggueda, 2011): una evidencia del *progreso*.

En concordancia con lo planteado por los ensayistas, Raggueda (2011) recalca lo siguiente:

... en una sociedad donde la hiperrealidad es más importante que la realidad, es fundamental participar en la vida social, y no quedar marginado de vivir en esta realidad virtual creada

por los medios de masa. Y es también por esta razón que más y más personas desean participar en el *reality show* o tener un alter ego electrónico en el ciberespacio. (p. 186)

Lo que Ragneda describe recuerda los dispositivos *placenteros* de alienación descritos por Marcuse para la sociedad tecnológica. Pero emerge una realidad aún más potente que las mencionadas por Ragneda para comprender esta masiva aceptación de las redes sociales digitales; y ha sido, en algunos espacios, la vinculación del acceso a los satisfactores de las necesidades esenciales de las personas a través de las redes. Este mecanismo, que raya en lo perverso, compele a muchas personas a ser usuarias (intermitentes, pero maniatadas) de las redes sociales digitales para acceder —como ocurre en Venezuela— al gas doméstico, alimentos, información acerca del suministro de agua, medicamentos o electricidad, por mencionar algunos satisfactores; sin dejar ningún margen al derecho a no ser digitales. Tal es el entretejido que han adquirido estos dispositivos de vigilancia y comunicación con la vida cotidiana, cuyo uso se aleja de una condición optativa y deviene en imperativos societales.

Hasta la fecha, el epítome de las redes sociales digitales, como dispositivo de control, modulación de la subjetividad y vigilancia, ocurrió en el marco del experimento de la pandemia. Millones de personas encerradas en sus casas, dependientes de la electricidad y la conectividad, inmersos en las avenidas digitales, un fenómeno inédito y un momento idóneo para plantear un gran reseteo del capitalismo. Pero ¿por qué el capitalismo requiere reseteo? ¿No es, pues, la cúspide del pensamiento ilustrado? La gente comienza a apreciar que algo está mal, un *algo* complejo, impreciso, pero algo no va bien. Siguiendo la hipótesis planteada al inicio, es ampliamente reconocido que la humanidad está experimentando una crisis climática, un deterioro acelerado de los ecosistemas, una merma de las condiciones de la sociedad del bienestar, profundas contradicciones en los modelos planteados para el acceso a la energía, las democracias devenidas en oligarquías, e incluso, un renacer del fascismo, mediáticamente aceptado. Estas manifestaciones son directamente atribuidas a

la sociedad tecnológica, esto es, sus pilares y sus anhelos, hoy, no solo son inviables, resultan irracionales. El consenso de otrora que permitía vivir en una sociedad inmoral e irracional, mayoritariamente traspuesta en moral y racional, está ahora resquebrajándose. Por más esfuerzos que hace el capitalismo por rescatar la noción del enemigo externo, la gente percibe un enemigo (de la vida) interno. Así, si la sociedad del consumo, la noción de enemigo y la energía drenada en la transformación de la naturaleza fueron fuerzas fundamentales para la expansión y consolidación del capitalismo, ya no convencen como otrora; producen, en la actualidad, un conflicto profundamente moral en los sujetos.

La situación no es menos que desesperada (para el poder constituido). Dos siglos de idealización de una sociedad (en la cara lustrosa) y cinco siglos de explotación, saqueo, espejos y dádivas (en la cara opaca) se fracturan rápidamente. El temor a que las grandes mayorías se rebelen a favor de verdaderas democracias, que se descubran alienadas y domesticadas, que exploren su autonomía y libertad, que amalgamen vida y trabajo más allá de la lógica protestante, que aspiren a relaciones distintas con la naturaleza, está promoviendo en los dueños del orbe acciones extremas, con consecuencias inimaginables.

Hace pocos años, Klaus Schwab —fundador y presidente ejecutivo del Foro Económico Mundial— anunciaba la llegada de la así llamada *revolución 4.0*:

Estamos al borde de una revolución tecnológica que cambiará fundamentalmente la forma en que vivimos, trabajamos y nos relacionamos unos con otros. En su escala, alcance y complejidad, la transformación será diferente a todo lo que la humanidad haya experimentado antes. Todavía no sabemos cómo se desarrollará, pero una cosa está clara: la respuesta debe ser integrada y exhaustiva, involucrando a todas las partes interesadas de la política mundial, desde los sectores público y privado hasta la academia y la sociedad civil. (2016, p. 1)

Si tomamos a Klaus Schwab, o al Foro Económico Mundial, como la cara visible y parlante del poder tras la sociedad tecnológica, o tras el capitalismo realmente existente, el anuncio de la cuarta revolución industrial no es menos que preocupante. No solo sugiere que es una revolución que abarcará a toda la humanidad; más delicado aún, “no sabemos cómo se desarrollará”. Resulta ingenuo considerar que, luego de trescientos años de dispositivos de control, modulación y vigilancia por parte de las élites constructoras del capitalismo, se pueda asumir tanto margen de incertidumbre para una “gran política” elaborada por un pequeño grupo.

Una brevísima descripción de esta “revolución”, realizada por Deloitte (2021) destaca:

... se refiere al matrimonio de activos físicos y avanzadas tecnologías digitales—internet de las cosas (IoT), inteligencia artificial (IA), robots, drones, vehículos autónomos, impresión 3D, nube computación, nanotecnología y más—, que comunican, analizan y actúan basados en información, permitiendo a las organizaciones, los consumidores y la sociedad a ser más flexibles y receptivos y hacer más decisiones inteligentes basadas en datos.

Schwab (*op. cit.*), más adelante, en el mismo texto, asoma un poco más explícitamente la intencionalidad de esta revolución planificada: construir nuevas subjetividades:

La cuarta revolución industrial, finalmente, cambiará no solo lo que hacemos, sino también quiénes somos. Afectará nuestra identidad y todas las cuestiones asociadas con ella: nuestro sentido de privacidad, nuestras nociones de propiedad, nuestros patrones de consumo, el tiempo que dedicamos al trabajo y al ocio, y cómo desarrollamos nuestras carreras, cultivamos nuestras habilidades, conocemos gente, y nutrir las relaciones. Ya está cambiando nuestra salud y conduciendo a un yo “cuantificado”, y antes de lo que pensamos puede conducir al crecimiento humano.

No puede uno menos que recordar las ideas de Weber y Marcuse, quienes sugerían que mientras más tecnificada es una sociedad, en manos de pocos queda su concepción y diseño totalizante; con clara alusión a la pérdida del carácter democrático de la misma, y a la objetivación de los seres humanos y su progresivo vaciado de autonomía, creatividad, personalidad e independencia: para Schwab, esto no parece ser un problema. Así como las ciencias sociales fueron instrumentos para la “naturalización” de la sociedad capitalista como estadio más avanzado de la humanidad, quedan pocas dudas de que las redes sociales tienen hoy una tarea similar: hacer “voluntaria” una mayor deshumanización del ser humano en favor de la supervivencia del capitalismo.

La confianza y seguridad con las que Schwab y, por ende, el poder establecido, hace un planteamiento tan audaz amerita una mínima reflexión. Si tras la proactiva asimilación del reloj y un nuevo sentido del tiempo —en la Europa occidental del siglo XVIII— se percibe una fuerza “moldeadora” de carácter religioso (proponemos que fue una sinergia entre el espíritu protestante y la razón científica), entonces, pudiere ser que, en la actualidad, exista una fuerza condicionante, aceptada pero no reconocida, dada por el carácter religioso que ha adquirido la racionalidad científica. Entonces, ¿por qué sus clérigos no son capaces de diseñar el futuro de la humanidad, esperando que sea dócilmente aceptado, de manera acrítica?

Aquí, Fernando Giuliani, en su ensayo, aporta una clave significativa:

No es casual que, muy especialmente en el capitalismo desarrollado a partir del siglo XX, se inviertan en ello ingentes recursos y se utilice todo el conocimiento científico del que disponen. A través de estos procesos, pueden lograr mitigar y neutralizar buena parte de las luchas por la resistencia y la liberación; pero, además, pueden llegar a instalar la aceptación acrítica de las relaciones de dominio y de sus valores, a través de legitimaciones profundamente

arraigadas en la racionalidad y en la subjetividad de los pueblos colonizados...

Si las relaciones de dominio y la imposición de valores del otro son establecidas por la aceptación acrítica, emerge, entonces, una herramienta poderosa, una posibilidad hermosa, que es la generación y colectivización del pensamiento crítico. Al respecto, Fromm, preocupado por la sociedad tecnológica de la década de los sesenta, comenta:

Sin embargo, en lo que se refiere a las sociedades actuales, es cierto que nuestra mente consciente, es decir, el filtro social en sí, puede ser liberada en alto grado por medio de una función que también es un proceso de la mente humana, esto es, *el pensamiento crítico* —la actitud crítica e interrogante, y específicamente la que interroga acerca de la estructura, la función y la ideología de una cierta sociedad—. (pp. 12 y 13)

El reto estaría, con relación a las relaciones sociales, en no solo hacer un uso crítico de estas, sino en cómo desarrollar —a través de ellas— formas más amplias y complejas de pensamiento crítico acerca de nuestra sociedad y la distancia entre la realidad y la hiperrealidad, a sabiendas de que estos dispositivos han sido generados y son instrumentalizados para evitar tal posibilidad. La tarea es tanto compleja como necesaria.

Por ello, cerramos esta reflexión con la convicción que la propuesta realizada por Liliane Blaser resulta un imperativo y un compromiso en este momento histórico:

... la necesidad de construir un **centro de coordinación de investigaciones de los imaginarios de los venezolanos y las venezolanas**, y de los medios con los que se intentan modelar esos imaginarios, para entender y actuar sobre estos impactos... un centro que permita también compartir visiones (con base en la investigación y como parte de ella) y escudriñar en los imaginarios que nos unen y nos fortalecen. (El resaltado es de la autora)

Un espacio con estas características le permitiría al Estado, y a la población en general, generar herramientas, estrategias y contenidos para dar una lucha anunciada e ineludible ante las venideras crisis del capitalismo, y su fundamento moderno.

Referencias

- Bautista, R. (2017). *Del mito del desarrollo al horizonte del "vivir bien". ¿Por qué fracasa el socialismo en el largo siglo XX?* Ediciones Yo Soy Si Tú Eres.
- Deloitte (2021). *The fourth industrial revolution. At the intersection of readiness and responsibility*. Deloitte Development LLC.
- Fromm, E. (1970). Conciencia y sociedad industrial. En E. Fromm, I. L. Horowitz y H. Marcuse, *La sociedad industrial contemporánea* (pp. 1-15). Siglo XXI Editores.
- Galič, M., Timan, T. y Koops, B. J. (2017). Bentham, Deleuze and beyond: An overview of surveillance theories from the panopticon to participation. *Philosophy and Technology*, 30, 9-37.
- Herrera, F. F., Lew, D. y Peña, E. (2018). La ecología académica en América Latina ante la crisis ambiental I: elementos históricos constitutivos de su posicionamiento actual. *Interciencia*, 43 (11), 799-807.
- Hobsbawm, E. J. (1978). *Las revoluciones burguesas* (tomo I). Guadarrama/Punto Omega.
- Lander, E. (2000). Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos. En E. Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 11-40). Clacso.
- MacPherson, C. B. (2005). *La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke*. Editorial Trotta.
- Marcuse, H. (1968). *One-dimensional man*. Beacon Press.
- Marcuse, H. (1970). Libertad y agresión en la sociedad tecnológica. En E. Fromm, I. L. Horowitz y H. Marcuse, *La sociedad industrial contemporánea* (pp. 50-89). Siglo XXI editores, S. A.
- Moore, J. W. (2022). El hombre, la naturaleza y el ambientalismo de los ricos. Antropoceno, Capitaloceno y el proletariado planetario.

- En F. F. Herrera, D. Lew y N. Carucí (eds.), *Pensar la ciencia de otro modo: propuestas y desafíos de(s)coloniales para una Venezuela soberana* (pp. 55-82). Colección Pensar como País. Ediciones Mincyt.
- Ragneda, M. (2011). Social control and surveillance in the society of consumers. *International Journal of Sociology and Anthropology*, 3(6), 180-188.
- Schwab, K. (2016). *The Fourth Industrial Revolution: what it means, how to respond*. <https://www.weforum.org/agenda/2016/01/the-fourth-industrial-revolution-what-it-means-and-how-to-respond/>
- Sørensen, M. J. y Wiksell, K. (2019). Constructive resistance to the dominant capitalist temporality. *Sociologisk Forskning*, 56 (3-4), 253-274.
- Sweezy, P. M. (1964). *Teoría del desarrollo capitalista*. Fondo de Cultura Económica.
- Thompson, E. P. (1967). Time, work-discipline, and industrial capitalism. *Past and Present*, 38, 56-97.
- Weber, M. (2005). *The protestant ethic and the spirit of capitalism*. Routledge.

Esta obra, publicada con el auspicio del Fondo Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (Fonacit), de la República Bolivariana de Venezuela, se terminó de imprimir en Caracas, en septiembre de 2022.

¿Qué hay detrás del capitalismo de la vigilancia? ¿Cuáles son las implicaciones en la soberanía de los pueblos? Son algunas de las preguntas que se debaten en este libro: *Capitalismo y cibercontrol. Configuración de (inter)subjetividades, imaginarios y repercusiones psicosociales.*

La humanidad vive hoy una ‘revolución’ tecnológica, cuyos artífices esperan que impacte, fundamentalmente, la forma en que vivimos, nos relacionamos, razonamos y sentimos. Una estrategia de un sistema-mundo que, al entrar en crisis —como parte de su metabolismo—, redobla sus esfuerzos por controlar y moldear las formas de pensar, de actuar, de sentir, de manera tal que las subjetividades resulten funcionales a los intereses hegemónicos.

El primer producto del capitalismo es el sujeto moderno-capitalista. Todos los procesos de dominio imperial requieren la colonización de las subjetividades. No se trata de cualquier guerra. Decía Fidel Castro, a finales del siglo XX: “No es lo mismo estar desinformado que perder la capacidad de pensar”. Con el capitalismo de la vigilancia, se permean las estructuras psicosociales, a través de las que se (re)produce el sentido común, para una sociedad controlada en su praxis política.

Vivir una encrucijada como la de hoy exige un pensamiento radical, que sea capaz de ponerse a la altura de los tiempos. La gravedad de la crisis ecosocial global en la que nos encontramos nos enfrenta a problemas históricos, llenos de complejidades, que nos convocan a una reflexión profunda... más allá de lo dado. Ante las venideras crisis del capitalismo, la generación y la colectivización del pensamiento crítico son claves para dar la lucha.

